

INAUGURAR EL ALBA

Gustavo Mora



INAUGURAR EL ALBA

Gustavo Mora

2010 by Gustavo Mora

Editorial Palabras 2009

Diseño de tapa: Rodolfo Vider

Corrección para edición: Patricia Miranda

www.taller-palabras.com

ISBN: 978-9974-96-990-2

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las Leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright* la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático; así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

Prólogo

Montevideo, 22 de noviembre de 2009

Inaugurar el alba o “como su luz no habría”.

Este libro comienza con la idea del riesgo: “desnudo/ con mis huesos al aire, / expuestos/ mis entrañas abiertas/...” Son imágenes físicas, dolorosas, que prometen una manifestación fuertemente personal. Sin embargo desde el comienzo, lo que parece una afirmación de la subjetividad, es una entrega y una tarea que implica más bien un desafío colectivo. Esto se ve en el segundo texto: Inaugurar el alba// De eso se trata./ (...)/ Se trata de eso./ Si es una casa vacía,/ acompañarla/ con mis amigos/ y los que no lo son.// De eso se trata./ Y en el preciso momento,/ regresando/ lenta e inexorablemente,/ no pensar/ que hemos ido demasiado lejos a buscarla.” El verso “hemos ido” muestra que el yo poético de este libro, será más un nosotros que propiamente un yo. El primer texto en prosa, explicita la calidad de ese hablante antes de presentar la intención del libro: “Quiero hablar de la memoria”, intención aparentemente antojadiza y por ende subjetiva, y que sin embargo es todo lo contrario, ya que no es solo una necesidad íntima sino un “homenaje personal a compañeros, unos ausentes y otros presentes, ligados indefectiblemente”, a los otros que (con)forman la identidad del poeta. Antes que plantearnos de qué se va a hablar, el libro presenta un desde dónde, que a la vez es un para dónde o para qué, sintetizados en el simbolismo del “alba”, utopía directriz que abre y titula.

Algunas frases breves –una característica de estilo tanto de los textos poéticos como en prosa- son un verdadero hallazgo. Tienen el efecto de reproducir vivencias que sería imposible explicitar; traducen lo inefable, intenso, hondo de aquellas, eso que está amontonado en una vida entera y que es memoria afectiva que debe ser lentamente desovillada. A la vez, generan un resultado rítmico que en este libro es impecable.

“Todo está”, dice el primer texto en prosa al que nos referíamos, para luego agregar otra frase igualmente sentenciosa: “Y la memoria es necesaria”. Por ende, lo que el libro plantea desde su inicio, son ciertas conclusiones de una prolongada reflexión, y de una vida si no acabada en absoluto, promediada, intensamente aprovechada diríamos. Otro registro que lo saca de la subjetividad clásica, un tanto egocéntrica, en que el poeta suele plantearse preguntas y búsquedas. Aquí abundan las respuestas; y las frases breves responden a hallazgos, pequeñas y grandes verdades vertidas como sentencias e imperativos éticos. De ahí ese tono por momentos hasta impersonal que se entrelaza a lo fuertemente íntimo. Esto se ve en cómo se alternan los textos. Todo el libro consigue equilibrios permanentes: lo personal y lo colectivo, la prosa y la poesía, el horror extremo y la ternura, el rencor y la convocatoria cordial, la muerte omnívora y el imbatible y minúsculo destello de la luz. Y si bien nos consta que el autor ha trabajado largamente en el volumen, (“tozudamente” dice Gustavo en un mail que me ha enviado), hay algo imponderable en estos hallazgos de estilo, que da cuenta desde el comienzo de sus intuiciones

poéticas así como de la materia largamente trabajada que es tema en él.

Por todo esto, es que luego de ese primer texto en prosa, que expone aquella materia e impulso trascendente, “hablar de la memoria (necesaria)”, aparece un brevísimo poema, que podría resultar insólito para un lector desprevenido: “Hoy/ el reposo a tu lado tiene magia./ Observo callado/ en secreto/ tu calma./ Comienzo mejor el día./ Este,/ aquel,/ todos.” La cualidad del texto está precisamente en ser un extracto lírico, ya que la materia que trabaja -el amor contemplativo-, incluso algún vocablo como “magia”, son de por sí peligrosos por la cercanía con lo sentimental o el lugar común. Pero insistimos en que la brevedad y el equilibrio sutil, aseguran la calidad del conjunto, extremando sus posibilidades expresivas. Entonces el amor, es y no es el mero registro de ternura a la persona amada. Con una notoria comunicabilidad de lenguaje -otra característica de estilo pero que también se alternará con textos polisémicos y misteriosos -, se nos está hablando de algo mucho más hondo: de la primordial necesidad del otro para existir o sea del amor abarcador que justifica la identidad de quien aquí va a hablar. Esta ternura que despierta el otro como motor de los días, será una constante de este libro y del testimonio de vida en el que abreva. Solo así pueden explicarse unos versos iniciales que ya han sido citados: “Inaugurar el alba// (...) / con mis amigos/ y los que no lo son/”, comparables por su asombrosa vocación fraterna a los de José Martí, el poeta de buen corazón, que cultivaba una rosa

blanca “para el amigo sincero/ que me da su mano franca/
y para el cruel que me arranca/ el corazón con que vivo”.
Entonces, si el día se inicia en un acto de amor, aquella búsqueda del alba, que será aquí signo primordial, aunque aún no inaugurada, es la misma causa de amor fundante. No hay días, solo es uno: “Este,/ aquel, /todos”. Y por eso la memoria que trabajará este libro, no se sitúa en ningún caso solo en el pasado. Es un acto alumbrador que sale hacia todos lados, una forma primordial de la ética entendida como verdad colectiva y esencial, y que habrá de conquistarse para ser realmente humanos. En su novela *La puerta de la misericordia*, Tomás de Mattos hace que Jesús le recuerde a un personaje: “El Edén, hijo de Jefonías, no es un lugar imaginario. No venimos desde allí, pero hacia allí vamos (...) Nuestros padres jamás han sido expulsados del Paraíso ni aún les ha sido entregado. Para el hombre ha sido y es una posibilidad, (...) que no ha aprovechado y de la que se ha alejado generación tras generación”.

En este aspecto sustancial se justifica el tono sentencioso del que hoy hablábamos. Lo que podría entenderse como soberbia o gesto ensimismado, va quedando demostrado que es justamente lo contrario. Los textos en prosa desarrollan un tanto más esas sentencias, por momentos de una manera algo didáctica, como si el autor quisiera llevarnos de la mano por un camino en el que visceralmente necesita involucrarnos. En el texto en prosa que sigue al poema de amor, se agrega una definición de la memoria: “ese archivo amplio y generoso”. Hay aquí, una justificación imbatible de la necesidad de la memoria. Porque a la vez que esta es

un proceso de interiorización total, “todo lo vivido, lo nuestro y lo de todos”, se transforma en sentido de la vida, al plantear y responder a la pregunta de para qué. Según el texto, ella es compañía (de los recuerdos) y maestra (de la experiencia); nos devuelve la vida pero tamizada. ¿Y acaso se posee la vida de otro modo? Solo se tiene lo que se ha perdido, decía Machado. Y con la misma sabiduría la poeta argentina Olga Orozco, desarrolla aún más la idea: “No alcanzará tu mano lo que fue;/ tal vez tampoco lo que nunca ha sido./ Pero ¿acaso no son esas moradas imposibles tus verdaderas propiedades,/ ganadas palmo a palmo/ para los territorios de los eternos bienes?”

Las imágenes que se van sumando en el correr del libro, transforman la memoria en una alegoría de la humanidad que nos define en acto o en potencia. No es raro por eso, que otro texto en prosa hable del recuerdo de los compañeros como alimento. Porque de esta memoria se nace, se es y se abreva como necesidad vital. De ahí que la memoria esté permanentemente personificada, adquiriendo vida propia, independiente de la voluntad de quien quisiera convocarla o rechazarla. “Será”, dice un verbo terminante vuelto un verso solo, en otro poema que sigue. Una razón desnuda, un imperativo que justifica la imagen final: “recuerdos/ obstinados”. De ahí que empiecen a destellar, a imponerse cada tanto, recuerdos concretos. Aparece un texto en prosa de tono conversacional y de afectividad transida (“abrazar las espaldas”). Remite a una de las tantas reuniones de ex presos a la que el ajetreo de la vida permitió ir. Es un recuerdo del recuerdo; porque se habían juntado para evocar, a la

vez que para prometerse persistir en los sueños. Una vez más la memoria aparece sumando apretadamente diferentes planos y dimensiones del tiempo y los espacios: el ayer que funda el mañana y da sentido al hoy. Por eso el texto termina en forma abierta con la palabra “sigo”. Precisamente este verbo es capaz de revelarnos el lugar que ocupa aquí no solo el designio (la memoria como vocación) sino la voluntad (esencialmente humanizante) de responder a él. Hay una verdadera épica de la memoria que se entrelaza con lo íntimo confesional. Por eso la memoria de la que se habla aquí, dista mucho del apartamiento ensimismado. Por el contrario es una forma vertiginosa de la búsqueda y la actividad. Hay un poema que comienza diciendo: “Me conmina hacia el viaje”, y que luego se construye en base a la acumulación de verbos: “Se cansa,/ respira,/ resuella,/ se duerme,/ despierta,/ me mira,/ (...)” El verdadero horror, en un libro que tantas veces lo rememora, es sin embargo la inactividad. Refiriéndose a la crisis del 2002, el escritor llega a decir: “el agobio nos había ahogado”.

Valdría citar aquí un pensamiento de la escritora y luchadora judía Simone Weil, quien murió resistiendo contra los fascistas con apenas 35 años. En su libro Raíces del existir (¡escrito en 1943!), advierte sobre los riesgos deshumanizantes de la falta de compromiso o “desarraigo obrero”. Primero dice: “Es absurda la oposición entre pasado y porvenir. El futuro no nos aporta nada, no nos da nada, somos nosotros quienes para construirlo debemos darle todo, darle nuestra vida misma. Pero para dar es necesario poseer, y no tenemos otra vida, otra savia, que los tesoros hereda-

dos del pasado y digeridos, asimilados, recreados por nosotros. De todas las necesidades del alma humana, no hay ninguna más vital que el pasado.” Luego agrega: “Los seres desarraigados (...) o caen en la inercia del alma casi equivalente a la muerte, como la mayor parte de los esclavos en la época del imperio Romano, o se precipitan en una actitud que tiende siempre a desarraigar por los métodos más violentos, a aquellos que no lo están todavía.”

En realidad el impulso épico y coral que plantea este libro, complementando lo lírico-confesional, se ha empezado a introducir en nuestros tiempos, tan cargados de distractores y anestésicos, en muchos géneros artísticos. Pensemos en la explosión de la novela histórica y de la literatura testimonial y comprometida de la que el Uruguay no quedó en absoluto ajeno. O en la proximidad de la poesía y el canto popular o el rock, que son otra manifestación de lo mismo. (De pronto recuerdo dos lecturas recientes de autores actuales, que trabajan el tema de la memoria plural: *Delirio* de Laura Restrepo y *El libro negro* del premio Nóbel Pamuk). Hay otro poema de amor que es en el libro un ejemplo de que lo íntimo es siempre épico a la vez: “Añoro estar a tu lado,/ compañero / compañeramente.” Vivir, es una tarea de reunión. No es que se añore lo que se ha perdido, sino lo que a priori se desea por necesario y esencial. Pero a la vez el vocablo “compañero” puede ser destinatario o sujeto. Se añora ser compañero de alguien (y entonces es un poema de amor clásico); o se habla del deseo del compañero, simplemente todos los seres que completan la vida. Y entonces volvemos al registro del amor abarcador. Lo cierto es que

el adverbio inventado al final, el neologismo “compañeramente”, enfatiza la actitud vital como causa de amor.

Pero el siguiente texto en prosa explicita los miedos sobre las falsas dicotomías entre las grandes metas colectivas y la vida íntima de lo cotidiano. Aquellos hijos pequeños a los que se bañaba ayer, son hoy la causa para seguir construyendo un mundo mejor y una memoria.

Precisamente llegado a este punto del texto que acabamos de mencionar, el libro expone miedos y temblores; o sea, planteada la necesidad de la intención, aparecen las amenazas y dificultades de la memoria. Cuesta mucho recuperar recuerdos. Hay un ritmo entrecortado que lo indica y se carga de anáforas y repeticiones (recurso de estilo caracterizador con el que se logran aquí los mejores poemas): “nadie/ nadie responde,/ no puedo,/ no puedo volver/ sobre mis huellas.” La extrema dificultad radica en que recordar es, como la etimología lo indica, un volver a pasar lo vivido por el corazón, con idéntica fuerza afectiva. “¡Ay de mí!/ Frecuento lugares/ de hondo mal gusto”, dirá un poema casi del final. La angustia es hoy. (Se nos viene a la memoria la convocatoria transida que hacían los hijos de desaparecidos en días próximos pasados, llamando al voto para la derogación de la Ley de caducidad, explicando que sus padres y ellos no fueron secuestrados ayer, sino que lo son hoy y lo serán mañana, en tanto no se sepa la verdad. Porque precisamente el olvido está lleno de memoria, nos recordó para siempre Benedetti.)

Hay un poema en prosa en que se recuerda una visita al Memorial de los desaparecidos. Allí el poeta dice: “Me da

vergüenza boba estar frente a su ausencia y me sacude la misma angustia, la misma que me despierta cuando sueño cada tanto que soy tragado inevitablemente por un monstruo...” El dolor va adoptando diversos matices: miedo, culpa, perplejidad, desvalimiento. Hay una infantilización traumática que se asocia a los recuerdos del ultraje y la pérdida de los derechos. (Inopinadamente empezó a sonar en la cabeza de quien escribe esto, una melodía de Canciones para no dormir la siesta, en que aparecen monstruos y dragones amenazando el país de las maravillas “que contaba tu papá”).

Sin embargo, sobre el mismo dolor de los ausentes por ejemplo, se está cimentando la memoria. Porque los ausentes duelen si están presentes. Solo el olvido mata y por eso hay quienes orquestadamente ponen tantos desvelos en él. Dialécticamente hay una angustia que reconforta: “solo frente a la lista de nombres, no me sentí solo”. Es un texto que traduce un abismo vivencial y una pregunta obsesiva: ¿se puede huir de la memoria? ¿y acaso, se puede vivir en ella? ¿cuál es el costo de ambas opciones?

El poema que sigue es excelente y uno de los más intensos. Allí se agolpan todas las respuestas: “Están,/están,/están,/entre mis parietales./Como una campana/ en lo hondo,/en el centro.// Están,/están,/están, están.” Es difícil leerlo y no quebrarse o no sentir una “vergüenza boba” con la que uno se levantará el resto de los días. La repetición obsesiva, lacerante y la metáfora “campana” remitiendo a los compañeros caídos o simplemente a los recuerdos, se vuelve una música que lo responde todo. ¿Porque existen opciones

para quien tiene ética? ¿Y si la ética es el deber ser que indica la conciencia, se puede ser humano sin esta? ¿Y qué deber ser perduraría sin la verdad, ya que solo puede ser lo verdadero?

En un libro que transcribe un diálogo entre Umberto Eco y el obispo de Milán Carlo María Martini, este último explica que la ética, con todo lo noble que es, no se puede reducir a un plano deontológico o sea de lo obligatorio. Así como no podemos solamente obligar a hacer el bien, así tampoco -cree él-, podemos olvidar que la única fuerza del bien es su sentido último: la verdad. Hoy en día está en crisis la ética porque lo está la verdad, consigna. Y la única forma de pelear por la ética es fortalecer lo verdadero. Pero advierte sobre el esfuerzo a realizar: "Cierta clima de fácil optimismo, según el cual las cosas se van arreglando por sí mismas, no solo enmascara el dramatismo de la presencia del mal, sino que apaga el sentido de la vida moral como lucha, combate, tensión agónica: que la paz se consigue al precio de la laceración sufrida y superada".

Solo desde la riqueza de este pensamiento, pueden entenderse los textos que siguen: "Visitar el Memorial nos lleva inevitablemente de la mano al reconocimiento". El dolor se ha transformado en homenaje a caídos y a familiares y compañeros todos. Hacia el final del texto se cita a Alfredo (Zitarrosa) y resulta natural que de allí pasemos luego a otro poema que verdaderamente es un canto: Desearía/ poder decir/ los quiero./Gozosa/ alegremente." Que es un canto o una copla popular como aquella de Falco: "Fuera locura pero hoy lo haría/ colgar un moño azul en cada árbol/

decirle a todos que los quiero mucho”. Pero más allá de los parecidos, debemos reparar en un verso que aún no hemos citado de aquel poema y que marca una diferencia sustancial con el de Falco: “sobrevolando cualquiera otra consideración posible” Se trata de compartir el gozo de vivir pero con quienes arbitrariamente un día fueron arrancados de él. Como si la única forma de seguir viviendo fuera también devolverlos a ellos a la vida a través de la memoria y dejar, como dice la Escritura, que solo “los muertos entierren a sus muertos”.

(Quizá no tan arbitrariamente, la memoria me lleva de golpe a un libro que

leí hace años -Perdidos en el bosque-, una recopilación del periodista Alberto Silva sobre el secuestro de veintidós niños en nuestra última Dictadura. Me paro y lo busco. Me cuesta encontrarlo e incluso tengo que sacudirle el polvo. Dejo que los dedos hagan y sé que van a ir a una de las historias que más me impactó. Llego a la página en que están las fotos de la enfermera Aída Sanz, desaparecida. Llego al párrafo que debe haber motivado mi búsqueda: “Convocada con su nombre se entreteje la memoria colectiva formada de impresiones, imágenes, certezas” Y más adelante dice: “Recuperando a Aída...”. Se refiere al grupo de personas que la recordaban, que la volvían a la vida con la memoria. Quizá por eso -ahora lo entiendo- desde que leí este testimonio sentí que Aída y yo nos conocimos. Y lloré de emoción cuando apareció su hija.)

Queda claro que en este libro se aplica lo que antes citáramos del Cardenal Martini. Pero como aquí no parece faltar

nada, hay un texto que remite a la tentación del olvido. Y sin embargo, una y otra vez se vuelve sobre la voluntad de asumir la memoria hasta los tuétanos: “deseo (...) no dejar de soñar esos recuerdos. No borrar nunca la memoria”, se dice luego de recordar el verdadero infierno.

Por eso aproximadamente a partir de la primera veintena de textos, los recuerdos dolorosos van adoptando formas más concretas y confesionales, por momentos casi descriptivas y en otros pudorosamente elípticas: se evocan los lugares de reclusión, las torturas, los verdugos, la desesperación paroxística por sobrevivir y el deseo imposible de morir. Pero por el permanente equilibrio del tono al que nos referíamos al comienzo, no dejan de seguirse filtrando los poemas de honda ternura como sobreviviendo del mismo infierno: “¿Quién?/ ¿Quién cuidará de mis hijos?/ ¿Quién de mí? / Si te vas.” Comienzan a aparecer recuerdos nimios pero que son enormes: enojos tontos en la cárcel, lecturas, ajedrez, grupos de estudio, oficios, el fútbol censurado, los días de lluvia. Y entrelazados se van dando las evocaciones de los seres concretos, algunos anónimos y otros con su nombre, pero todos vueltos así al gozo de la vida como hoy veíamos. El compañero que “orinaba al centro”, Héctor Rodríguez, los anarquistas, los viejos de la vida personal, el reencuentro de Sara y Simón, el compañero Arión que vivía en su mundo y también el Ché. A estos últimos mencionados, se les dedican poemas verdaderamente memorables. Y de esos recuerdos concretos surge un tema crucial de este libro. Como no podían comunicarse, los reclusos tosían o gritaban. En un submundo que procuró robar su humani-

dad, los compañeros sustituyeron el lenguaje humano por otro, y sin embargo no menos humano. Porque no solo les estuvo vedada la palabra por razones de prohibición; en el infierno del caos, el silencio fue la forma primordial de la ética. Por eso volver ahora a la memoria, implica hermanaarla necesariamente con lo intrínsecamente humano: la palabra.

Pero así como hemos demostrado que este libro no pretende presentar cualquier memoria, tampoco podremos suponer que trabajará con cualquier modo de comunicación. Hay una palabra vacía que se ha instalado en nuestro mundo, como hay una música que es ruido invasor y aturdimiento, que ya nadie puede oír; o hay espectáculos que los ojos ya no registran porque están saturados o vaciados. (Por estos días mi hija mayor lee El ensayo sobre la ceguera de Saramago y se siente notoriamente conmovida por la fuerza de algunos episodios, en que el libro presenta el horror espeluznante de la ceguera blanca que va poseyendo a la humanidad. Y he sentido la necesidad de explicarle algo que ella ya había descubierto con perplejidad: que como todo planteo alegórico, lo que allí se hace gráfico y quizá por eso evidente, es una realidad preexistente que solo así se hace fuertemente denunciante. Los ahora ciegos ya lo estaban, como el Gregorio Samsa de La metamorfosis de Kafka, quien ya había dejado de ser hombre antes de que el narrador lo hiciera despertarse convertido en insecto. Al igual que Gregorio o que los ciegos de Saramago, así van los pseudo-hombres que emiten palabras huecas hoy día: Tinnelli dice todo el tiempo “los quiero”, ultrajando el sentido

verdadero en que lo dijo Falco o lo dice ahora este libro. Cordero mira desafiante a las cámaras, y sus ojos se encuentran con el ojo de gran hermano que hoy día lo devora todo.

Digo esto, porque la palabra que este libro trabaja, tiene la fuerza de restituir lo verdadero. Y quizá cuando los mensajes pierden su fuerza y los ojos ya no saben reconocer los significados simbólicos que debiera revelar la realidad, alguien tiene que hacer lo que Alonso Quijano, romper todos los moldes y salir a rebautizar el mundo; pasar a llamarse Quijote, cabalgar su propia poesía épica y convocarnos. Entonces se subvierte la realidad que ya no veíamos o recordábamos y las cosas vuelven a ser y a llamarse por sus nombres. Memoria se debe decir alba; y alba, paz. Cito un último poema de este libro: "Cuando aparezca el alba y se levanten los ruidos/ caminaré despacio, sin prisa./ Recogeré un papel del suelo/ sin levantar la mirada,/ me pararé todo el tiempo/ en una esquina/ cualquiera,/ estiraré los brazos,/ me sentaré en una plaza sin apuros/ y miraré/ serenamente/ cada una de las cosas."

Querido Gustavo: quisiera terminar este (no) prólogo para tu libro, como en realidad debiera haberlo empezado, con el comienzo de mi respuesta al mail en que me lo solicitabas. Sé que es una inversión del orden lógico de las cosas, además que algo muy poco formal para la presentación de un libro. En realidad ignoro en absoluto si algo de lo que he puesto en estas páginas se parece a lo que esperabas o debería preceder tus textos. Sospecho que ha salido algo demasiado extenso y excesivamente denso. No me vas a creer

si te digo que tuve que amputarlo por todos lados y que en realidad hubiera seguido ya no sé hasta cuándo. Pero creo que eso responde a una razón que se activó en lo hondo sin que pudiera evitarlo. Releer este libro, para el que tanto has trabajado y ¡vivido!, fue para mí como ponerme a conversar con mi propia memoria y con vos. Por eso el tono epistolar, incluso algo informal, que se me impuso. Un pensamiento en voz alta diríamos, se fue plasmando un poco autónomo y que por momentos resistió el logro del conjunto.

Ya te comuniqué en un primer mail, el sobrecogimiento que me produjo este pedido. Te decía que no sabía si podría estar a la altura de las circunstancias, ya que este libro tuyo no es en absoluto uno más de los que me ha tocado prologar. Pero tu respuesta fue bastante expeditiva y dio cuentas de tu gran sabiduría de psiquiatra incluso avezado en emergencias. Me decías: “dejate de pavadas”, en un estilo muy tuyo, sin agregar mucho más. Estuvo bueno, porque me apaciguó bastante y pude empezar a escribir. De todos modos, ya sabrás que los fantasmas son persistentes, y lo hicieron bajo una segunda pregunta que me atormentó. ¿Por qué a mí? ¿En qué sentido podría estar mínimamente capacitada para hablar de uno de los tramos más fuertes de la historia de mi país, o de la vida de alguien que la hizo realmente con “sangre, sudor y lágrimas”, habiendo vivido yo la dictadura con total inconsciencia? Pero de pronto, la memoria, me trajo otro recuerdo que disipó las dudas. (¡A qué pagarle a los psiquiatras!)

Tenía más o menos trece o catorce años y mi infancia era rosa, al menos en muchos sentidos. Tenía una amiga del

alma, como mi hermana, de nacionalidad y de familia rusa, que vivía al lado de mi casa en Mercedes. Una mañana en que como todos los días pasé a buscarla para lo de siempre, encontré su casa convertida en un caos. Todos lloraban, aullaban más bien. Alcancé a sentir -porque retrocedí espantada al umbral del zaguán- algo así como “mataron a Javier”,... “a ustedes también los pueden venir a buscar y masacrarlos”. Las primeras preguntas que le hice a mi amiga me empezaron a parar en el mundo: moría asesinado en tortura Javier Roslik, en la colonia rusa de San Javier, en la cual la familia de mi amiga tenía tantos “hermanos”. ¿Por primera vez sentía llorar así, presenciaba esa forma de dolor devastador que le daba sentido a la palabra miedo? No. Simplemente a veces hay un despertar repentino, como cuando nacen los siglos, que nunca es con su año uno, sino con algún hecho histórico fundamental que los echa a andar. Así yo, que nací a esa edad, cuando empezó a activarse mi memoria personal y colectiva. Porque a partir de allí todo fueron preguntas, a mis padres, o a todo aquel que me rodeaba. Y muchas cosas adquirieron sentido. Algunas miradas que recordaba de la infancia, las divisiones entre los vecinos, los discos que escondieron en casa o la gente que de pronto uno dejaba de ver.

De pronto la memoria me dijo: ¿por qué no yo, si el pasado es el mismo?

Encabezando el libro que me remitiste en los últimos días de octubre, Gustavo, vos justificabas su pronta publicación ante el resultado negativo del Plebiscito para anular la Ley de Caducidad. Decías: “Hoy, creo que se nos hace inevita-

ble, creo que no hay tiempo para la lucha ética que será siempre necesaria y permanente. Creo que debo contribuir a la memoria.”

Para terminar, Gustavo, quiero compartir con vos o con quien vaya a leer esto, algunos pensamientos que creo se conectan fuertemente a tu intención de publicar el libro ahora.

En un artículo recientemente aparecido en el semanario Brecha, se le pide al psiquiatra Marcelo Viñar que hable de los límites de lo humano. El opta por darle un giro original al tema, por lo que a la vez le aporta una hondura a la que los medios de prensa actuales nos tienen ya desacostumbrados. Habla de lo substancialmente humano e inhumano de nuestra especie. En el primer registro ubica al lenguaje y todas las operaciones de la psiquis que hacen capaz el pensamiento simbólico, solo humano. La re-presentación de lo que no estamos viendo o nos es inmediato, por ejemplo al evocar. En cuanto a lo inhumano, habla de la crisis actual del relato, amenaza inclemente de nuestro género, que en un mundo de lo efímero y del presente inmediato, va perdiendo la capacidad de ver la vida como novela o proyecto para ser alcanzado a largo plazo. Ni más ni menos quiere decir que se nos van muriendo en estos tiempos las metas y las esperanzas.

Pero no es sin embargo totalmente desolador en sus conclusiones, ya que termina recordando “la necesidad del sujeto perdido en la anonimidad de la metrópoli, la urgencia perentoria de fabricar el conjunto transubjetivo que lo reconozca”.

Finalmente Emmanuel Lévinas, quien padeció los campos de concentración nazis, fue un pensador fundamental en temas de ética. En un texto llamado Memoria de Occidente, expresa que la virtud de la memoria es la de reconocer a los vencidos sus derechos pendientes. Una memoria “tejida de sueños y sufrimientos”. Sobre su pensamiento se ha dicho: “toda experiencia histórica del horror (...), no ha sido otra cosa que el ensañamiento programado y pensado contra la presencia de la otredad concreta y diferente. (...) reducirla al anonimato cósmico e indiferenciado y, finalmente, exterminarla, convirtiéndola en nada, nadie. (...) Todo ello es en verdad el auténtico horror: el exterminio sin memoria del otro. (...) Se puede formular una cultura de la diferencia en la convivencia en libertad y creatividad; necesitamos para ello que surja una nueva narratividad que nos cuente (...) En este sentido entendemos que la memoria se hace reconocimiento de la diferencia y de la creatividad.”

En la última Brecha también leí un artículo de Edmundo Gómez Mango a raíz del resultado negativo del Plebiscito, donde se decía, que el entierro colectivo de los muertos es en la historia de la humanidad, uno de los rasgos caracterizadores del crecimiento de la especie, porque esta instancia de elaboración del duelo implica además que la capacidad de asumir el dolor, un reconocimiento de la colectividad (ausente/presente). Rechazando la impunidad en la que viven los responsables de nuestra última dictadura, él agrega: “Se ensañaron en el ultraje del cadáver: lo despedazaron, lo dispersaron, lo arrojaron al mar (...) Negaron a los familiares y a los compañeros honrarlos con el adiós

que se merecían. (...) Es contra esa operación política del mal olvido, del cobarde olvido, que se pretende provocar una amnesia colectiva, una afasia de la comunidad, contra la que es necesario combatir”.

De pronto recuerdo el pasaje memorable de La Ilíada, en que Aquiles devuelve el cadáver ultrajado de Héctor a su padre. Me pregunto: ¿si hasta el hombre primitivo escuchaba su vocación de hombre, qué somos hoy?

Tenés mucha razón Gustavo, compañero, debemos contribuir a la humanización de nuestra realidad como sea, a como dé lugar, como cada uno pueda, siendo creativos. Por el NUNCA MAS a la negación del otro y de la persona en términos verdaderos o sea absolutos.

Un abrazo.

Marisa Faggiani.

INAUGURAR EL ALBA

Gustavo Mora

Desnudo,
con mis huesos al aire,
expuestos,
mis entrañas abiertas,
sin precio

Inaugurar el alba

De eso se trata.
De navegar e inaugurar el alba
donde ella se encuentre,
de vigilar
si nada más se mueve a ras del suelo,
de observar si está atascada,
si cuelga una piedra de su cuello.

Se trata de eso,
si es una casa vacía,
acompañarla,
con mis amigos
y los que no lo son.

De eso se trata.
Y en el preciso momento,
regresando,
lenta e inexorablemente,
no pensar
que hemos ido demasiado lejos a buscarla.

Quiero hablar de la memoria. La memoria que intentamos reconstruir cada día.

El punto de partida fue un proceso lento de rumiación personal y redundante acerca del pasado y el presente en el país. Transcurría el tiempo y crecía cada vez más la sensación de lejanía de la peripecia colectiva. La cárcel, mi cárcel y la de todos los compañeros. La lucha de clases descarada, los militares y la tortura que sufrimos. Todo está. Y la memoria es necesaria. La intención de mantenerla viva debería ser una constante, refrescarla, cuidarla y guardarla sin vergüenzas ni culpas. Repasar los recuerdos del pasado reciente como punto de partida para preservar la memoria. Memoria, recuerdos, que siempre nos acompañan y orientan nuestro andar casi a diario, recodos amables donde nos refugiamos.

En algún tiempo la memoria de la cárcel, sus preámbulos y consecuencias, fue algo de lo cual nadie quería hablar. Como si no se debiera hablar del dolor. Como si fuese esa la manera de sanar las heridas. Sin embargo, traer ese pasado, revalorizar el diario brazo a brazo de los años de nuestra experiencia carcelera es un espacio que debemos mostrar. Cumplir con la obligación ética del testimonio, un repaso de haberes y deberes. Es abrir una rendija, es contribuir con el futuro. De eso especialmente se trata.

El hecho de recordar surge también como homenaje personal a compañeros, unos ausentes y otros presentes, ligados indefectiblemente a nuestras contingencias personales.

Hoy,
el reposo a tu lado tiene magia.
Observo callado,
en secreto,
tu calma.
Comienzo mejor el día.
Éste,
aquel,
todos.

Los recuerdos, los ruidos y los olores, los dolores y los sabores, se avienen a acompañarnos.

En ese archivo amplio y generoso encontraremos todo lo vivido, lo nuestro y lo de los otros.

Revisar ese pasado nos lleva a pensar que debemos considerar que no todo ha sido bueno del todo. Tampoco fue tan malo. Las heridas personales y las fotos constantes de los compañeros con sus ausencias-presencias, como dijo Saramago, en manos de sus madres y abuelas hablan de lo bueno de su perseverancia y de lo malo de la ausencia.

Sin embargo, si nos fuese posible rehacer aquellas circunstancias, seguramente habría pensamientos que no hubiéramos tenido, cosas que no hubiéramos hecho, sucesos que no repetiríamos y errores que intentaríamos no cometer.

Pero no es posible rehacer las cosas. No deberíamos arrepentirnos. Lo hecho, hecho está. Sólo cabe aprender de lo vivido.

Las cosas buenas nos acompañan y nos abrigan cada día y las malas, nos acompañan para enseñarnos, siempre.

Será

Cuando estoy solo
o cuando estoy acompañado,
conmigo insomne,
atestado de rumores,
o callado.

En el día o en la noche,
aparecerán y vendrán,
fugaces, reincidentes,
los recuerdos
obstinados.

Rumiando estaba en esos menesteres de recuerdos y tributos cuando volví un día de marzo de correr de la Rambla de mi ciudad¹ y recibí, no sé por qué vía, una de las pocas convocatorias a las que podía concurrir. Era una invitación que nos llamaba como siempre en esas fechas a todos los ex presos a juntarnos.

Juntarnos para revolver los arcones, abrazar las espaldas, prometernos el tercer domingo de todos los meses comer un asado, jugar un partido de fútbol, visitarnos. Nos hace bien. Nos pertrecha de afectos que cargamos sobre los hombros para afrontar mejor los cruces de caminos

Estuve una vez en la convocatoria. Recuerdo que el tiempo no dio para todo. Nos prometimos futuros encuentros. Nos deseamos buenos augurios y realizamos promesas de persistir en el intento de transformar nuestro pequeño gran mundo.

Nos renovamos, estando, queriendo, intentando, todavía, cambiar el mundo

No pude concurrir otras veces, y lo lamento. Sigo no obstante manteniendo a la distancia los vínculos por la vía cibernética que la modernidad nos permite.

1 Mercedes, Soriano, Uruguay

Lenta,
muy lentamente
acompañó tus pasos,
tu calma.

Me canso, respiro,
me cuesta seguir tu marcha.
Ver progresar tus ardores
despierta mi envidia,
y añoro estar a tu lado,
compañero,
compañeramente.

El reencontrarnos nos permitió reconocer que de nuevo en el acelerado tiempo de reconstrucción de fuerzas se pudo cometer el error de estar ausentes.

Ya sabíamos la distancia que podía separar nuestro hogar de la lucha cotidiana.

Pudimos haber estado cuando faltamos. Con los abrazos, nos impulsamos para no dejar de estar, nunca más.

En mi caso, estar con los compañeros y sus hijos, me hizo reflexionar, me trajo a la memoria lo anterior y lo más nuevo como si fuese el presente. Se coló la imagen de mis hijos en mis brazos en los tiempos de reinauguración de la esperanza. Deseaba volver a casa a bañarnos juntos. Prepararles la cena, sentarnos a la mesa a compartir lo que hubiere. Acostarnos, inventar una historia. Mirarles dormir apaciblemente y dormirnos en calma. Decirles, porque nada saben ellos, que son la guía, que nos acompañan y protegen, que nos impulsan. Prometerles que trataría de no cometer los mismos errores, que intentaría remendar los huecos.

No puedo aunque quisiera
volver sobre mis huellas,
 despacio,
 precavido,
 trato de hallar,
 con los ojos cerrados,
 una pista que me oriente,
una molestia que me avise,
 un dolor
 o una pena.

Enumero razones,
 probabilidades
 y causas,
fundamento maneras,
 saco cuentas,
 explico.

Nadie,
nadie responde.
 No puedo,
 no puedo volver
sobre mis huellas.

En esos mismos tiempos, los tiempos del regreso a casa, una de las veces que viajé a la capital, realicé una escapada al Memorial², en el Cerro de Montevideo. Releyendo los nombres que nos convocaban reaparecieron los seres entrañables caminando fantasmales a mi lado. Solo frente a la lista de nombres, no me sentí solo. Pasearon a mi lado los amigos perdidos, reverberantes y tercios. Me pareció que visitaban el Memorial conmigo en la paz y el silencio circundantes.

Ellos y yo juntos. Muertos ellos casi fortuitos en su contingencia personal, y yo, vivo también casi fortuito en mi contingencia personal; porque al fin fortuita fue la vida nuestra, en un país cercado de opresión y agobio. Mi memoria, la vivo, me sirve, de homenaje a quienes les tocó el precio de la desaparición forzada. Un alto precio. Muy alto, para aquellos a quienes las circunstancias plantaron frente al terror. Hoy y siempre, trato de imaginar cómo fue en ellos la convicción de la muerte, como fueron la opresión en el pecho y la angustia inevitable. Me da vergüenza boba estar frente a su ausencia y me sacude la misma angustia, la misma que me despierta cuando sueño cada tanto que soy tragado inevitablemente por un monstruo o me encuentro perdido, sin salida.

2 Monumento homenaje a los desaparecidos durante la Dictadura uruguaya

Están.

Como una campana.
Retumban entre mis parietales,
ni a derecha ni a izquierda,
en el centro,
en lo hondo.

Están,
están.

Retumban entre mis parietales
como una gran campana,
grande, inmensamente grande.

Están,
están,
están,

entre mis parietales.
Como una campana
en lo hondo,
en el centro.

Están,
están,
están,
están.

Visitar el Memorial nos lleva inevitablemente de la mano al reconocimiento. Reconocimiento a Familiares de Desaparecidos, a todos. Con ellos, con el tiempo que pasó y con las experiencias que se nos cruzaron por delante, ya nada es lo mismo.

Pasan por mi cabeza como confirmación inevitable. Pasan las madres, las esposas, los hijos, las abuelas. Pasan y pasarán siempre con su constante y tozuda perseverancia.

Se nos cruzan, caminan lenta, lentamente. Van seguras, con los pañuelos y las fotos de los suyos, de sus muertos de manera impúdica, sostenidos por la reserva moral de su persistencia. Vuelven con ellos, sobreviven al olvido. Los recuperan y los traen a la memoria.

En el fondo, en el silencio, callados, están. Huyen con nosotros. Laboran con nosotros. Se esconden en las sombras con nosotros. Nos frenan. Nos protegen. Nos impulsan.

Como si se alternaran, hoy estarán conmigo y mañana, seguramente, con algún otro. Poblarán mis sueños, mañana los de algún otro. Hoy estarán aquí. Mañana allá.

Están sin estar y, –como dice Alfredo– hacen falta.

Pronto,
sin vergüenzas,
en este instante.

Siempre,
de manera sostenida,
de forma persistente.

Sobrevolando cualquiera otra consideración posible,
desearía
poder decir
los quiero.
Gozosa,
alegremente.

Las circunstancias circulan y circulan. Con diferentes máscaras y ropajes. Como otras veces, de nuevo la realidad nos golpeó al comenzar el milenio, cuando fue tiempo de afrontar una nueva crisis, la del 2002. El objetivo fue de nuevo sostenerse como antes, soñar para durar más, no quedarse quieto, renovar los esfuerzos. La crisis en curso, con otros escenarios, nos hizo descreer de nosotros parcialmente y fue necesario de manera imperiosa como ayer, nuevamente, soñar que era posible hacer, seguir, poder. El aceleramiento de los tiempos que transcurrían, la inmediatez, en otro escenario, no dieron tiempo ni tregua. Nos rodeaba el dolor y la rabia, la impunidad de la crisis y la impudicia. Testigos del misterioso momento del naufragio, protagonistas de otra irrepetible agonía transitoria, esa nueva sensación nos llevó a retrotraernos a las épocas que fueron el comienzo de todo en los años '70. Habían pasado tres décadas de aquellos momentos acelerados, los de la "revolución inminente". ¡Tanto, tanto tiempo había pasado! Tiempos de cierre de la primavera militante en los que averiados por derrotas sucesivas y con las fuerzas postreras, navegábamos en un mar de grisura. Fuimos, en aquellos tiempos pretéritos, como fantasmas, subrepticios, oscuros, en un país abandonado por sus mejores gentes e invadido por sus peores enemigos. Sentíamos que éramos poca cosa, modestos, recelosos. Caminábamos y caminábamos. Dejábamos pegotines en baños de boliches. Nos contábamos noticias y esperábamos. Resistíamos casi por inercia, con lo poco que podíamos. Volanteábamos de noche en el

silencio de la madrugada a escondidas, esperando lo peor, diezmados.

El país de las marchas y de los comunicados por la tarde nos apabullaba. Pesaba sobre nuestras espaldas resistir, estar, no flaquear, no caer.

Debíamos, por aquel entonces, ser cautelosos, menos públicos. Nos enfrentábamos con una represión sin desmayos ni pausas.

Nos había rondado el temor. Nos había cercado la duda. Nos había llamado a la precaución cada acto, cada momento. Debíamos estar hiper-alertas. Debíamos estar muy atentos, ser suspicaces, desconfiados. Nos había salpicado la censura. El agobio nos había ahogado.

Estos tiempos de nueva crisis nos retrotraían al pasado

En un rincón,
apenas en un rincón,
sin nada más que mi osamenta, arrinconada

En el espacio,
en el espacio todo,
las almas todas en exceso, distanciadas

¿Adónde debo estar?
¿En el rincón?
¿O en el espacio todo?

“El Turco”, “El Armenio”, “El Pájaro”³ y muchos otros, conocidos y públicos, saliendo en tropel, no muy numeroso, de los Juzgados con sus muecas de rabia, en aquellos tiempos pasados eran mensajeros de la parca reaccionaria. Se mostraban en acción impúdica, como perros hambrientos y, por momentos, falsamente amables, con piel de cordero, con la tranquilidad en esos tiempos de saberse ganadores del partido

Era el comienzo de esta historia. Nosotros, bien sabíamos que ellos sabían y hacíamos como que no sabíamos. Ellos, con tono de sorna amable no disimulada hacían como que no eran lo que verdaderamente eran. Iniciábamos una esgrima desigual frente al auditorio improvisado y asustado que formaban los compañeros de trabajo, testigos de la circunstancia en el aquel país opresivo inaugurado un tiempo atrás.

Sabíamos demasiado donde terminaba todo, intuíamos muy poco la magnitud en tiempo y forma de la penuria que comenzaba.

Cuando nos subían al auto el tono amable previo cambiaba, se desataba la jauría embravecida vociferante y socarrona, insultante. Odiaban, amenazaban, golpeaban en desatada tensión. Más tarde, solo una avenida de palmeras. Era la puerta de acceso a la larga peripecia que hoy relato.

3 Represores. Militares torturadores de la represión en el país durante la dictadura

Me conmina hacia el viaje
y arrastro conmigo un poco de todo.

Me llevo silencios,
me llevo sabores,
 olores,
 lugares,
mentiras piadosas,
palabras de todo los tipos,
 sonidos,
 insultos
 y gritos

Se cansa,
 respira,
 resuella,
se duerme.
Despierta,
 me mira,
retoma su viaje,
yo, mi derrotero

Cuando llegamos al Batallón N° XIII, el “300 Carlos”, “el infierno” nos invadió, la sensación de sentirnos solos y sin nadie. Transitamos los golpes, los plantones, permanecemos colgados, literalmente colgados, una vez y otra vez.

Sufrir, gritar, delirar, alucinar de agotamiento, disparatar una paradoja delirante, vívida, para salir de la locura. Imaginarnos que subiríamos al ómnibus en la parada de la esquina, ese que surgía claro de nuestros adentros, convencidos, como si la razón estuviera necesitada de absurdos, como si fueran ciertos, como si pudiéramos irnos, bien lejos.

Nos sentaban, nos paraban, nos daban y nos quitaban. Matemáticamente. Nos acercaban y nos alejaban.

-Hagámoslo con calma- pensarían, -tenemos todo el tiempo

Nos llevaban bien adentro, hondo, lo más hondo posible.

La música estridente, los gritos, los autos, el loco ambiente rodeando esa parafernalia de locos. Anhelar el descanso breve y transitorio entre un dolor y el otro, tan breve. Inermes, a su merced, éramos tan poca cosa. Hallarse solo, medir el tiempo segundo a segundo, minuto a minuto, uno más y otro y el vecino y otro poco, sin saber con cuantos acabaríamos muriendo. Revivir, putear, putear, querer morir, querer morir.

Allí,
contigo ausente,
con tu hueco a mi lado,
sin nada.
A la espera.
Con tu espacio vacío,
inerte.
Sin tu olor,
único y “marrón” diría,
como tu piel
Sin los besos de tu sangre
dulce.
Sin tu paz,
Sin tu sabiduría.

Me vuelve a la memoria, en etapas, aquel paisaje desolado una vez y otra vez. Imaginando, podría caminar de atrás hacia delante entre las sillas. Podría evocar todavía a unos y otros, sentados en filas inmóviles, encapuchados y con las manos atadas, otros al fondo, parados de frente a una pared, con los pies hinchados como los míos y sucios, o tirados en el suelo.

El miedo, la tensión, el ruido, el maldito ruido, la inseguridad inmensa, la locura carnicera nos rodeaba, juntos todos en ese establo, solos en el espacio del corral que nos cercaba.

Estábamos “atentos al golpe despiadado, sigiloso y aleve”
- decía Quijano⁴

Me vuelve a la memoria la escalera, unas cuerdas colgando a los costados, donde nos ataban alternativamente. Y es como si volviera a ser. Nos suben y bajan, nos cuelgan y nos descuelgan, nos sumergen, nos electrizan. Gritos, golpes, música estridente, la incansable música estridente y el incansable vigor de la perversa violencia.

Éramos un número en el cuello, solo un número en el cuello.

Una vez le tocará a uno y luego le toca a otro. Nos llaman a toda voz y soñamos con que se olviden de nosotros. Pero nuestro turno siempre llega.

Me vuelven a la memoria las voces, los gritos. Vuelve el pasado y es presente. Escuchamos los gemidos de un vecino. Luego nos toca a nosotros mismos capear la tormenta, en

4 Fundador y director de Semanario Marcha. Fallecido en el exilio mejicano.

la esgrima desigual de verdades ocultas, de mentiras a medias. Vamos y venimos. Subimos y bajamos la escalera. Nos traen y nos llevan.

Cada tanto me vuelve la memoria de ese paseo por esos lugares en sueños y deseo, a pesar de las vigiliass, no dejar de soñar esos recuerdos. No borrar nunca la memoria.

Si el mañana se acabara para siempre
no te darías cuenta.
En el marasmo de dolor,
de violencia,
ella,
la muerte,
omnipotente,
se abriría de par en par como una puerta.
Y pasarías a través,
calmadamente, en silencio,
sabiendo solo que no sabes si lo saben.
Y andarías hoy errante
en los sueños de los otros
¿Lo sabrán, sin que lo sepas?

La idea de la muerte nos rondaba la cabeza. Por momentos nos visitaba la duda de la vida. Morir parecía natural.

La mirada hacia ese lado oscuro no exorciza o disimula su presencia, su insolente impertinencia o facilismo, dicho hoy a la distancia en otros tiempos, pareciera alejar, pero acerca, aquella noción de la muerte.

La pretensión de dejarse llevar por la muerte factible o posible estaba a dos pasos, a la mano. Volvía.

Giraba y giraba. La muerte, nos cercaba en la empedregada libertad de optar, la libertad de no decir, la libertad de querer o no querer. Desear ahincadamente la libertad de morir, “insistiendo ella con el manejo ético del olvido” dijo García Márquez.

La libertad de morir tampoco nos estaba permitida. La decisión estaba conculcada y nos mantenían vivos a su antojo, hasta donde querían. Éramos conejillos de indias, cosas, carne de cañón.

Sola, tenaz, yendo y viniendo, las ganas de morir.

Qué oscura la noche

¡Qué oscura!

¡Cuán distante!

Lejana,

la vida

¿Me inspiras?

¿Me dejas?

¿Te vas?

¿O te quedas?

Buscábamos hablar poco, lo menos posible, no hacerlo, enmudecer la palabra y solo gritar y gritar al tiempo de disminuir los apremios, escamotear el cuerpo, desbaratar al verdugo vociferante y rabioso, burlón y resonante.

Como manera de exorcizar a los fantasmas o como forma de afrontar el pasado doloroso, recuerdo el patetismo ruin de la escena de hacernos los desmayados o muertos, una vez, como cuando éramos niños. Me arrastraron como un muñeco de trapo, me aproximaron al borde de un pozo e hicieron el amague de soltarme y no pude retener mis reflejos inconducentes, intenté erguirme inmediatamente, me recontralevantaron en la pata, y se acabó la farsa.

No creyeron. No dio resultado, la máquina siguió andando y andando. Mientras tanto, decíamos lo que podíamos, relatábamos hechos conocidos, estirábamos lo que podíamos el tiempo. Especulábamos en medio de la obnubilación del caos. Especulábamos.

Quiero saber.
Quiero saber que sueñas,
quiero saber que haces,
cómo encaras la jornada.
Cómo son,
cómo los tratan.
¿Cómo los trata la noche?

Quiero saber.
Quiero saber ¿qué sueñas?
Quiero saber ¿qué haces?
Quiero saber ¿cómo encaras la jornada?
Quiero saber ¿cómo son?
¿Cómo los tratan?
¿Cómo los trata la noche?

La preocupación central y única era salir indemnes. Con las menos culpas posibles. Las menos concesiones en aquella desfavorable correlación de fuerzas.

Negociar era el asunto. Con los mínimos artilugios de que disponíamos en el marasmo de locura, negociar lo posible. Solos. Descubrir qué sabían. Descubrir que sabían bastante. Tratar ahincada, persistentemente, de circunscribirse solo a lo que nos pareciese atinado, en medio de la lúgubre lucidez que se nos permitía. Hacer esfuerzos una vez y otra vez por no salir de esos límites. Tratar de circular y circular por las mismas respuestas, las mismas historias, las únicas versiones. Una vez y otra vez. No salir del círculo. No traspasar la barrera.

Pavorosa.
Tan cerca,
cuan adentro,
como de espesa.

Candorosa.
Tan lejos,
cuan alrededor,
como de leve.

¿En busca de cuál iré?
Cuan pavorosa la vida.
Cuan candorosa la muerte.

Nos dimos cuenta a los golpes de cuán en serio era. Tanto importábamos. Nosotros. Lanzados hacia adelante sin mirar atrás. Con sueños de felicidades colectivas. Con ingenuidad y singularidad. Tanto, que de pronto allí estábamos. Enfrentados con los fantasmas de nuestros compañeros y con los nuestros. Tratando de estar “a salvo de los tormentos de la memoria” como lo expresa García Márquez. Nuestros familiares no sabían. Preguntaban ¿dónde? Golpeaban unas puertas y otras, extremando esfuerzos, tolerando humillaciones, indagando con cuidado ante el terror que los rodeaba. A ciegas, hiper-alertas. Temblando, temblando y temiendo. Cada minuto eterno. Cada temor de cada instante diferente. Ellos, jugando su juego en cada momento, interminable. No saber y no poder. Tener aún que estar presentes. Diezmados y solos. Indagar, ¿Dónde? ¿Cuándo?

Sin posibilidad
ni holgura
ni sosiego.
Sin aliento.
Sin nada,
alrededor
sin nada.

Con posibilidad
y calma,
y regocijo.
Con aliento.
Con todos
alrededor
con todos.

El tiempo y la muerte horadando la circunstancia colectiva.

Lentamente.

El tiempo eterno. Limando, jugando.

La muerte posible. Presente. Sin pausas

El tiempo como pesada carga. En cada uno. Lento. Pesado. Interminable.

La muerte como solaz inmediato. Descanso. Refugio.

Frente a frente se nos cruzan el tiempo largo y la muerte.

En ese momento y en ese lugar.

Tiempo del deshumanizado horror justificado, inherente a la lucha de clases pura y dura.

Y la muerte.

La muerte que sucedió a un sinnúmero de compañeros.

La intención carnífera de muerte, desbordada. O la mala suerte. O el exceso.

Le tocó a cualquiera de nosotros. Pudo sucederme, poca cosa como éramos.

Hoy, los compañeros que sufrieron la muerte o la desaparición puján y resurgen. Son testigos privilegiados de aquel horror, de la tragedia. Ellos son fiscales de las impunes bestias, cada vez menos impunes y menos libres, que aún disfrutaban de la libertad en los oscuros espacios de la complicidad del sistema. Son protegidos. Son bestias. Bestias sueltas aún a pesar de los fiscales

¿Quién?

¿Quién cuidará de mis hijos?

¿Quién de mí?

Si te vas

Tengo aún la memoria de preguntas de esos instantes: ¿En qué momento o lugar se acabará el miedo? ¿En qué momento dejará de existir el ruido? ¿Cuando terminará la brutalidad y la rabia desaforadas?

¿Cuándo terminará?

¿Cuándo?

Y, mientras tanto, vivir. Vivir. Morir. Tan solo. Tan simple. Sufrir, doler, pensar. Gritar, gritar y más gritar. No decir. El centro. El eje. Seguir, seguir lo más enteros posible.

Cansarse y perderse. Volver y sufrir. Gritar, de nuevo gritar. Gritar desaforadamente. Olvidar los hechos, las cosas.

¿Olvidar?

Minutos interminables,
horas inalcanzables,
días inabarcables,
el tiempo que no pasaba.
La desesperación.
El odio.
La sinrazón.
la jauría desatada
en la procaz aventura de la vida.

Descanso apenas
un instante,
subo a mi avión de papel
que pasa y cruza el aire,
que espera cada mañana,
que vuelve cada tarde.
Desando pasos
y vuelvo, aunque no quiero, a los minutos interminables,
a las horas inabarcables.

El tiempo pasado en el Batallón N° XIII en soledad y juntura de dolores,

¿Fueron 8 millones de segundos?, ¿fueron 90 días?, ¿fueron tres meses?, ¿fue más? Cada segundo. Uno al lado del otro. Y otro. Y el siguiente

Luego terminé en el 9^a de Caballería con otros compañeros. Con los ojos vendados y atados.

Sentados y atados de frente a una pared que no veíamos, en el 9^a de Caballería.

Solos. Ciegos y con todos los sentidos atentos, olíamos, oíamos, sentíamos, percibíamos cada movimiento. Y los segundos pasaban. La locura de la circunstancia, presente, atenta, agazapada la puta. Y los segundos, pasaban.

La vida, al revés y al derecho. Creaba y recreaba cosas. Cosía y descosía historias. Jugaba con tonteras para pasar el tiempo. Escuchaba ruidos del mundo de afuera, a través de las ventanas, la vida seguía adelante, sin nosotros. Un día percibí o intuí que los compañeros tenían visitas. Tenían recreo. Pasaban a mi lado. Al descubrir mi presencia, tosían. Comenzaron a toser una vez y otra vez. Carraspeaban. Tosían. Y yo tosía. Tosía también. Me mostraba. Estaba presente. Existía. Los segundos pasaban y aún existía. No estaba solo. Casi lloraba. Lloraba.

Oigo un murmullo de fondo.
Me acompañas
siempre.
Sostenida y subrepticamente.
Vas conmigo
sin que tú lo sepas.
¿Qué más, puedo pedir?
¿Qué mal, me puede suceder?
¿Quién, me puede lastimar?
Si siempre,
Sostenida, subrepticamente,
me acompañabas.

La tos, los golpes con los nudillos, los gestos imperceptibles eran botellas con mensajes. La tos pura y simple era un abrazo. Carraspear o toser era

“me sacan” o “volví”, era “hola”, o “vam'o arriba”.

Cuando después llegamos al Penal, el pabellón de celdas se pobló también de toses y fueron innumerables las que escucharíamos a lo largo de los años. De todo tipo y de todos los tonos. Nos cruzábamos y tosíamos, nos veíamos y nos hacíamos bigote para arriba, ese gesto de la v con los dedos por delante de la cara. Rompíamos el silencio, franqueábamos los pisos y los sectores, fluían los vínculos en medio de la impuesta incomunicación militar. La tos nos permitía la libertad del contacto, la transmisión del afecto. Tanto, tan solo con las toses.

Las maneras de amar
aparecieron una a una.
se apiadaron de los silencios,
amarraron las cosas bien firmes al suelo,
recorrieron los fondos,
recogieron las basuras de todos y cada uno,
los abrigaron del frío.

Las maneras de amar
cerraron todas las puertas, para ahuyentar fantasmas,
preguntaron por uno y otro, protegiéndoles de la lluvia,
ayudaron en las búsquedas,
pasaron la noche en vela,
alimentaron fuegos,
apartaron piedras,
ignoraron defectos,
toleraron matices,
refirieron,
indeclinablemente,
sin amagos ni vergüenzas
las maneras de amar
de mi amor

Si estuviese de nuevo preso sería más solidario, más alegre, más expresivo, menos introspectivo.

Los trabajosos y enrevesados años posteriores de idas y vueltas, de marchas y contramarchas, de tocar casi el suelo, de triunfos y de derrotas, de dolores y sinsabores, me enseñaron a ser menos personalista, más colectivo.

No es posible otro pasado, pero si lo fuese, lo haría tal vez distinto, como ejercicio de un cambio necesario.

Debería sí, ser igual de intransigente y más riguroso con las posturas de los militares y los civiles, los Sanguinetti, los generales y los coroneles, que aún hablan el mismo idioma, sin deslices, muy coherentes. Ellos y sus colegas del mundo todo. Sin transar, sin descansar, nos renuevan la memoria del pasado-presente, nos ensalzan y nos recuerdan de tanto en tanto, nos exigen de nuevo cambios, nos ubican en el justo lugar, sin dudar, justo ellos, que sin embargo no cambian.

¡Ay mis pies!
Me duelen.
¡Ay! ¡Mis pies!
Si fuese posible mudarlos
al estado original, desnudos,
esquivar el calor, enfriarlos.
Recorrer la alfombra verde,
deambular sin sentido, vagar inútilmente
por los días y noches,
sin temor, con placer.
entretenidos.
¡Ay! Alivianar la espalda
de todas las preguntas que me agobian.
Dejarlas a un costado
y deambular liviano,
sin cuestiones.
Olvidar sin desaliento
tanta unción divagadora
presa de dudas.
Retomar cada día,
emprender la jornada
con capacidad nueva de asombro.
Andar y solo andar.
¡Oh si pudiera!
Dejar, solo dejar,
los ojos cerrados,
con la lluvia
mojando, las cansadas espaldas.

Un día, aún en el 9° de Caballería, segundo cuartel donde estuvimos, nos hallábamos en una de las celdas con un compañero, llovía suave y el sonido en el techo de chapas acompañaba alternativamente cada vuelta de nuestra caminata de una hora diaria. Cuatro pasos de ida y cuatro de vuelta, tres y tres en el otro sentido, perpendiculares uno y otro, caminando en cruz, todos los días, a la misma hora luego del mate, en la reducida celda rectangular que nos cercaba desde hacía varias semanas, comenzamos una boba discusión,

-Olor a humedad – decía uno.

- Sí,...a tierra mojada –decía el otro.

- Claro,....pero se le dice a humedad.

- Sí, pero es a tierra mojada.

Y así seguían esos diálogos triviales pero necesarios.

El tono aumentaba progresivamente y nos ensalzábamos estúpidamente en una discusión que, en este caso, nos debe haber llevado ¡como dos días de no hablarnos! Ese era el pequeño mundo, siendo lo poco que éramos y haciendo lo poco que hacíamos, necios, bobos, sin hablarnos. Dormir, tomar mate juntos, caminar juntos. De paso en la celda del 9° de caballería, de paso, luego supimos, hacia el Penal de Libertad, necios y tontos. El recuerdo marcado aparece como norma de cómo debería no ser.

Te fuiste hace ya bastante tiempo
para no hallar la estupidez,
para no coexistir
con la deflagración impúdica,
para no vagar sin ton ni son,
a destiempo

Te extraño.
Me acucian unas ganas enormes
de estar contigo
En el año 1000 o en el 3000
Hablando del tiempo.
Solo del tiempo.
Lejos de los destrozos,
hablando,
solos...
Sin huir
solos...
como quisiera

Todos los días, con el mate de la tarde, leíamos “El Quijote”. Nos acompañaba. Tanto nos reíamos con él que no una si no varias veces los milicos nos sorprendían abriendo la puerta de golpe y nos llamaban la atención para que hiciéramos silencio. Ese libro, la historia del extraño caballero, fue la que más nos unió. Nos permitió gozarlo de a dos en el estrecho espacio que habitábamos. En las cartas que enviábamos afuera me recuerdo utilizando muletillas del Quijote primero y de la Ilíada u otros después, tratando de escabullir la censura.

En otros momentos fue el ajedrez. Nos concentrábamos tanto que a veces no escuchábamos la entrada brusca de algún oficial, jovencito habitualmente, mientras nosotros tratábamos de realizar cada uno la mejor jugada contra el compañero-contrincante. Tan concentrados, que más de una vez nos ligamos algún castigo transitorio por nuestra falta de atención!

Botellas con mensajes.

Flotan.

Se hunden.

Reaparecen,

engañan algún puerto,

escapan al aire,

siguen,

navegan a contramano,

se asoman a las ventanas.

Y luego, guardianes de menesteres diversos,

los mensajes,

siguen la marcha.

Al costado de la puerta de entrada al Cuartel N° IX donde estaba la guardia, se hallaba nuestra celda. Oíamos diariamente cada cambio de guardia, todas las conversaciones, vacías y tontas.

Era habitual que alguno de los soldados martillara el arma o la golpeará contra el suelo. O hablaran. Se rieran. Se movieran

Las paredes, eran de bloques. Escuchábamos permanentemente todo.

—Se te va a escapar un balazo

—Me vas a pegar

—Jodé nomás— decíamos nosotros.

Lo mismo siempre, los mismos ruidos, los mismos comentarios.

Un día, ¡Trac, trac, pum, plam! un quejido inmediato. Gritos.

Un auto que corre. Arranca.

—Yo te dije

—Yo te avisé

Nunca supimos qué pasó, qué fue del herido. Después pensamos, sin decirlo, que las paredes de bloques no paraban las balas, esas balas.

Él y vos,
Uno y otro

Viviendo,
andando
y penando.

Vos
Desolado

Pateando,
rabiando
y golpeando.

Él
cansado

Vos
Maltrecho.

El
ha llegado

Recuerdo a un compañero, entre varios. Parado en medio de la barraca, así llamábamos al galpón donde estuve en ese tiempo, sostenía con una mano el balde y con la otra intentaba apuntar y orinaba. La vista perdida, mirando el horizonte, el mínimo horizonte que la ventana alta le permitía observar. Orinaba. Era, así lo parecía, su momento de reflexión. A la misma hora todos los días, a las cuatro o cinco y media de la tarde. Perdido dentro de sí mismo, soñando o recordando. Con la mirada ausente, dirigida a la ventana.. Parado en el medio, en la función descripta, se metió una vez de comedido en una conversación. ¡Pero qué experiencia compañeros ¡dijo. ¡Metete la experiencia en el culo Pata! le contestaron, casi al unísono.

Terminaba, dejaba el balde en el rincón, lo tapaba, con la misma tapa de cartón y se reintegraba a la actividad del conjunto que a esa hora giraba en torno del mate. Comunista de toda la vida, obrero del transporte, “gallego” atravesado, sin importarle demasiado, militante sindical de largas décadas encima.

Luego, fue compañero del tercer piso en el Penal. Siempre hablando de política. Combinábamos algún trille en algún recreo, para hacer un aparte y preguntarnos como andábamos. A veces hablábamos de su hijo, con el cual mantenía largos parlamentos en la visitas. Un niño que se fue haciendo adolescente en ese transcurso. Él, fue uno de los varios y entrañables compañeros que figuran en el recuerdo, parado siempre, orinando, al centro.

No se sentará en una plaza,
no caminará por la arena descalzo,
no jugará distraído con un lápiz,
no acompañará la salida del sol,
no irá a ver el río,
no le pesarán los años,
no le atacará el reumatismo,
no jugará.
No ahora.
No mañana.
No tendrá
las cosas y las circunstancias que lo merecían.

Por las tardes armábamos grupos de estudio, de matemáticas, de física y de otros temas, efímeros en el plano de los resultados reales pero muy redituables en el plano de sostenernos.

Compartíamos, como lo hacíamos con los paquetes, diversos “cursos” con diversos docentes voluntarios, improvisados la mayoría de las veces. Equilibrábamos diferencias, aprendíamos o enseñábamos. Sentados en los colchones arrollados contra la pared, los mismos colchones que por la noche se echaban y cubrían todo el piso en una especie de cama redonda. Se armaban grupos pequeños que casi en voz baja laboraban el ingenio de resistir de cualquier manera, de eso se trataba.

Los colchones, en la noche, desplegados en el piso barrido con esmero, hacían de cama colectiva nocturna de inexplicable placer, dormir juntos, todos, aunados hasta la mañana siguiente, unidos.

Estas, como otras, eran singulares maneras inventadas para, grupal o individualmente, sobrevivir, mantener espacios posibles de decisión, sostener la autonomía, fijar nuestros criterios. Eran resquicios que cuidábamos celosamente. Eran formas de sentirnos libres.

Las utopías.
Las causas más inverosímiles.
La juventud más revoltosa.
Los árboles.
Los más altos.
Las olas.
Las más grandes y más verdes.
Las algas.
Y la espuma.
La sombra y la frescura.
El calor,
el sudor,
las alegrías
y las penas,
los amores.
Todo.
Y dejarse ir,
solo dejarse ir
entusiastas
a la sentencia de llegada

La sensación de agobio, el alerta colectivo, la grisura del panorama que nos rodeaba, fueron únicas e irrepetibles. Todos participamos, nadie quedó afuera.

Me pregunto si habremos entendido en su magnitud plena toda la peripecia, la de adentro como la de afuera. Como dice Eduardo Galeano “...ni héroes son los que se fueron, ni patriotas los que se quedaron”.

Y todos estuvimos, cabalmente, todos, desde los más significativos militantes⁵ hasta los menos significativos ciudadanos, así de simple. Desde el que puso en juego su intención humanista y solidaria, hasta el que puso sobre la mesa la mayor convicción, todos participamos.

Hubo sí uniformidad manifiesta en el tratamiento vil, artero, violento e insaciable en la reacción con todos, con toda la ciudadanía, se estuviese donde se estuviese. Existir era sospechoso.

Hombres y mujeres comunes, jóvenes y viejos. Compañeros de todas las extracciones, de todas las razas y credos, de todas las conciencias políticas. Un conjunto variopinto, un mosaico diverso de ciudadanos sobre el que cayó la reacción con todo, pura y dura. Nadie quedó afuera.

En cada uno de los puntos intermedios de esa línea imaginaria y continua, de un extremo al otro, ubicamos las distintas experiencias y las distintas consecuencias de todos los ciudadanos. Se vio afectada toda la sociedad de una u otra manera. No hubo héroes ni patriotas.

5 Concepto “robado” de “El Lápiz del Carpintero” de Manuel Rivas, premiado Escritor Español

Por otra parte, leo en Brecha⁶, corriendo el 2009: “Llamamiento contra la ley de impunidad... Los crímenes de la dictadura no son cosa del pasado. Pesan diariamente en la vida ciudadana, en las familias, en los individuos, su ascendencia y su descendencia”. A pesar de ello, hoy agregaría que son muy difíciles de transmitir las vivencias colectivas y concretas a los que nos suceden. No alcanza con la palabra. Debemos tolerar la incomprensión y frustración muchas veces. Frustración que se comenzó a romper con la esperanza de plebiscitar la ley de Impunidad, terreno fértil para refrescar la memoria y afirmar con fuerza el nunca más.

6 Semanario de Izquierda, sucesor de Marcha

Pasar un sueño de mano en mano,
esconderlo entre los dedos,
guardarlo muy hondo,
esa es la cuestión.
Para hoy, para mañana,
o para más adelante.
y que surja nuevo,
mudado,
aturdido de locas ideas, iguales a la última vez,
secreta y fantásticamente.
Y llevarlo a cabo.
Aun después de haberlo destruido todo,
llevarlo a cabo.
¿Aún después de haberlo destruido todo?
Digo lo mismo
Aun después

Luego del cuartel nos tocó el definitivo traslado e ingreso al Penal de Libertad⁷. No fue una fiesta ni un paseo. El traqueteo, las verdugueadas e insultos, el calor sofocante, solos y a merced, sin saber adónde íbamos.

Al llegar, la sensación fue la de entrar a un mundo del cual no se saldría nunca. Ingresamos a rutinas distintas, comenzamos a acceder desde las ventanas de las celdas al campo, al espacio abierto sin limitaciones, a ver el sol y la sombra, a mirar las estrellas en la noche, a recibir herramientas de manualidades a acceder a una biblioteca, o lo que de ella quedaba, a recreos.

De allí en adelante los recuerdos del pasado comenzaron a parecernos más lejanos. Paulatinamente comenzó a cobrar presencia el pasado reciente, el inmediato. Comenzamos a constatar poco a poco que dejaríamos de formar parte activa de la vida cotidiana de los nuestros.

Afuera, entre los familiares que comenzaron su nuevo peregrinar se crearían lazos nuevos y amistades que con el tiempo perdurarían, como los lazos que creamos nosotros. Comenzamos a reconocer y a percibir los ruidos y los movimientos de cada ocasión, a estar atentos, a saber todo lo que pasaba de un extremo a otro.

Construiríamos otro mundo, el mismo que se construiría afuera y dejaría huellas permanentes en todos.

7 Penitenciaría que fue asiento de la mayor concentración de presos políticos del Uruguay

Desprotegidos del viento y de la lluvia,
oliendo a sudor y orines.
Vencidas bestias,
apagadas y tristes
rumiando cada cual la rabia.
No saben si imaginan
o viven
la muerte silenciosa de uno de ellos, casi sin darse cuenta
en su precaria realidad.

Días enteros de silencio,
noches de gritos,
de solo gritar y gritar.
Bestias cansadas, azotadas,
por el empeño carnicero de saber
quiénes eran, y de dónde venían.
Pensando,
si solo tal vez una vez,
si solo tal vez mañana.

Y volver,
de pura casualidad y puro empeño,
lenta muy lentamente a la vida,
la paciente vida
que espera.

Dos por tres debo parar a restañar mis heridas y acomodar mis tolerancias, en ese circular movimiento de emociones, de conceptos y de preconceptos, de afectos y desafectos. Permanentemente nos acechaba la preocupación de ¿Hasta dónde deberíamos hacer llegar la tolerancia? ¿Qué es tolerable y qué no? ¿Dónde deberíamos ceder, o conceder? incluso con nosotros mismos

¿Qué nos deberíamos permitir? sin contradecir las convicciones originales de nuestros proyectos en los momentos actuales de esperanza y concreción.

Hoy, también, nos circulan por la cabeza preguntas e ideas en los tiempos actuales colonizados por la inmediatez. Tiempos de apresuramientos, de predominancia de la cultura del “hacé la tuya”-.

¿Hasta dónde debemos ir?,

¿Qué tanto y qué es lo que está bien y lo que no?

Se desdibujan las fronteras entre lo bueno y lo malo. A pesar de que comprendemos que el ejercicio de la tolerancia debe estar presente no debemos desandar camino alguno si vamos contra el individualismo soez, si combatimos el desinterés por el otro si cuestionamos la pérdida de valores que nos invade hoy por hoy en una sociedad herida.

Temblando de frío,
abrumado,
sepulcral,
y austero.
Mudado en recién nacido

Llévate un sonido.
Abre las compuertas a los ruidos.
Deja que te invadan los estruendos.
Va la vida,
ve con ella

No sería justo con todos los recuerdos si no pongo en ellos todos los balances, todas las ideas, todas las circunstancias, todos los aciertos y todos los errores, los nuestros, los de todos.

La cárcel nos hizo reflexionar sobre los errores y nos hizo reencontrarnos con las familias, las castigadas y abandonadas familias, por la vía de su reconsideración y revalidación.

En “la pelada” de verduras, un rito diario en el que rotábamos para ejercitar la palabra, en los recreos, en la cocina, discutíamos largamente de política, hablábamos y hablábamos de los años mozos cuando descreíamos de los adultos.... Los mismos adultos fieles que en general nos sostenían desde afuera.

Por esos adultos y por los familiares todos, a cada uno le importaba y mucho estar bien. Por uno mismo, pero, sobre todo, por el de afuera. Ese de afuera que en cada visita nos dejaba con no poca tristeza. Estar bien era una manera de homenajear la matriz original familiar de cada uno. Era el punto de partida de la quincena de tranquilidad que buscábamos para ambos lados. Sin saberlo del todo, estando presentes nos cuidaban. Hoy, podemos decir que no dijimos del todo ni tal vez cuantas veces debimos que ellos también nos empujaban y mucho. Paso a paso cada día, esos afectos eran una buena parte de la coraza que nos cubría y cuidaba. Reencontramos y revalidamos los afectos primeros.

Presiento alrededor,
momentos después de la lluvia,
una respiración.
Intuyo,
que me observan.

Espero.
Quiero una espalda amiga, cualquiera,
una puerta abierta,
un techo,
un techo amplio.

En aquel espacio de tres por dos compartido, la vida toda. Todo. Lo público y lo privado. Lo propio y lo del otro. Lo de los dos y lo de cada uno. Lo bueno y lo feo. Lo sano y lo enfermo. Lo alegre y lo triste. El disfrute y el dolor. La cucheta, el banco de hormigón, la mesa, una estantería, el water y una pileta. La manualidad, la lectura, la gimnasia escondidas, el mate compartido, las horas previas al sueño soñando a los nuestros, veintitrés horas diarias, trescientos sesenta y cinco días, años. En ese mundo todo. Tolerando y tolerándose, conociendo y conociéndose en aquel espacio compartido de tres por dos. Allí, la vida toda.

Si solo viera piernas,
atendería con esmerada atención cómo pisan,
cuánto sobre el pie izquierdo,
cuánto sobre el derecho,
cuál la caída del ruedo,
cuánto de flaco,
cómo de largo,
cuál el tipo de ropa,
cuán apurado.

Reconocería cada gesto de las manos
y quién es cada quien.

Uno y otro se volverían familiares
una vez y la siguiente.

Identificaría las voces,
los olores,
las temperaturas y ruidos,
y lo frágil, lo tenue y lo fugaz
claro sería.

Si mudo,
si sordo fuera,
avisar sería lo urgente,
por un acto o un gesto,
una mirada fugaz,
un toque suave
con una parte del cuerpo.
Sería lo urgente.

Tuve el privilegio de conocer y compartir las horas con personajes imprescindibles. Para evocar solo uno de los tantos ejemplos, menciono a Héctor⁸, el tejedor. Un grande, como modesto y horizontal. Tan enhiesto como real. De pies sobre la tierra.

Proveníamos todos de diferentes organizaciones políticas. Para mí, era como el sueño del pibe poder trillar con él en los recreos. Hablar de política y de todo. Tratar de comprender en esos recreos todo lo posible. Hablar todo lo probable, teniendo clara noción de lo especial de tales circunstancias. Nosotros atentos y él distendido en su modestia. Él, como otro de los viejos militantes allí presentes, era el compendio de la vida y de la historia nacional, la nuestra, la de todos.

En esos recreos, la sabiduría y la paz interior caminaban a mi lado. El conocimiento y la memoria toda. Creo que justamente la enseñanza mayor era esa sensación de caminar con un igual, absorbente como una esponja o abierto de par en par como una puerta amable.

8 Héctor Rodríguez, dirigente Sindical y Político, uno de los principales referentes de la unidad del Movimiento Obrero y la izquierda uruguaya. Fundador de la Central Nacional de Trabajadores y del Frente Amplio, actualmente en el gobierno

Caminar erguido,
 superar
 la sinrazón de no ser nada.
Ser la huella aquella que dejaste a tu camino
y sentir haber nacido en tu guerra permanente.
 Te daré mis silencios,
 me darás tu júbilo,
 y la mansa paz de la derrota
 será tonta,
 será solo un horizonte a nuestra espalda.

En las tardes, el “Canario”, con un ¡Bueno...., bueno....., buenoooo! como grito de guerra, inauguraba el diálogo del atardecer. El atardecer, punto de partida del intercambio de todo tipo de noticias, de conversaciones, de solicitudes entre unas y otras celdas, entre uno y otro piso.

Cuando el sol caía, el paisaje nos recordaba “el país de las sombras largas”, las largas sombras de las columnas del pabellón de cinco pisos de celdas interrumpían brevemente los grandes espacios de sol de la planta baja, lo que nos permitía percibir las siluetas de la presencia abajo de algún milico en tren de escuchar.

Era el momento del intercambio desde cada rincón.

Ese ¡bueno..., bueno..., buenoooo ¡ rompía la incomunicación obligada entre uno y otro piso, rígida, claramente establecida. Era el momento de contarnos las noticias ingresadas por la visita, de actualidad, de política nacional e internacional, en general con un tinte siempre optimista. Momento de contarnos algo que hubiéramos leído en un pedazo de diario que sustraíamos de la cocina.

Todo con la bendita capacidad de generalizar y referir la situación política del país, de sacar deducciones y de hacer consideraciones.

Era un momento de paz que a veces se prolongaba hasta el anochecer, salpicado con guitarras y cantos. Y largos silencios. Noticias íntimas. Comentarios banales. Cada cual pensativo y sustraído.

¡Oh las velas!
Las más blancas y grandes
se hincharán,
empujarán adelante,
volarán,
buscando
detrás del recodo
la calma

¿Cuándo será la ensenada?
¿Cuándo aparecerá la playa?
¿Dónde nos esperan?
¿Hasta cuándo?

“Los viejos” de todas las organizaciones daban certeza de dignidad pura.

Entre ellos, los anarquistas, raíz primera, punto de partida indudable, larga geografía libertaria y transformadora.

En el Uruguay y en otros países la cuestión se inició con ellos, diversificándose en diversas ramas, con marchas y contramarchas, con construcciones y de-construcciones de organizaciones políticas múltiples.

Individualidades inevitables, de una cierta mística, en los tiempos difíciles de crisis y de reclusión, de diáspora y de muerte.

Todos discutiendo sin parar, perseverando en sí mismos, en la trinchera, siempre conspirativos, resistentes, impávidos ante la derrota transitoria.

No habrá manera mejor de recordarles que imaginarlos siempre listos para la otras luchas, las que vendrán.

Caigo
y ruedo tantas veces.
Golpeo entre las piedras
arrastrado corriente abajo.
Sin fin.
Sin hallar un descanso,
una imagen amiga,
un hueco que me contenga..
Rendido,
caigo.

Me llevan corriente abajo,
acompañame en la pendiente
como una roca firme,
con rectitud.
No lo puedo evitar.
Me llevan.
Ven conmigo.

Hicimos de todo. Fuimos una máquina de producir. Hubo ebanistas, tejedores, escultores, plásticos de todos los tipos y todas las corrientes. Buenos, muy buenos, y malos, pero con una voluntad de hierro. De todo, de todos los calibres. Yo tallé hueso y madera, trabajé cuero, tejí, hice punto cruz, hice de carpintero, hice de costurero, moldeé resina. Cada cual hizo lo suyo para sobrevivir, para generar ingresos económicos a los familiares o para ocupar el tiempo. Cada cual a su manera y cada cual como podía ofrendaba afectos por intermedio de los objetos.

Hubo regalos, festejos, conmemoraciones o cumpleaños, aderezados con los “boniatos”. Reflejaban seguramente mucho más que lo que nos animábamos a decir.

Hicimos de todo.

Son las once,
las doce
Son las horas sonoras,
el hambre,
la locura,
el tedio y la sequía.

Son las tres,
las cuatro,
son el aire y la brisa,
el agua,
el vapor,
las alegrías.

Me gustaban los días de lluvia.

En el Penal, cuando caía la lluvia no salíamos al recreo ni a los trabajos externos. Esos días se hacía menos de lo habitual, se dejaba para mañana. Disfrutábamos de la sensación de que nada pasaba, de que todo era previsible, de que nada nos sacaría de nuestro pequeño mundo de tres por dos. La rutina, repetida y breve nos daba seguridad en el mundo inestable en que vivíamos. Había menos ruidos, menos movimiento, el ritmo se interrumpía. Era momento de leer cartas, de escribir, de silencios largos, de mirar la ruta a lo lejos, de recordar a los nuestros.

Con la lluvia, aún hoy, me parece todo esperable, monocorde, monótono y estable.

Por eso tal vez, me gusta la lluvia.

Imagino antes
de avanzar
la esfera del reloj

Saber primero,
inmediatamente,
cuál será el paso siguiente.

Suponer segura
la posibilidad
de la verdad.

Circular con certeza,
todos los días,
recto, rotundamente.

Carecer
de probabilidad de sombras,
de desamor o dudas

Afirmar hoy,
seguramente,
lo que sucederá mañana.

Hubo compañeros de todos los tipos, pelos y señales. Hubo sobre todo inveterados discutidores, enérgicos que-rellantes, en un lugar donde hablar de política nos era esencial. Los hubo modestos y desapercibidos. Los hubo sencillos y simples, en su “modesta” manera, de resistir. Leíamos, hacíamos manualidades y, probablemente todos, también, hablábamos de política y de la vida. De manera callada o manifiesta, pausada y constantemente. ¿Quiénes éramos nosotros para decir cuál era la mejor manera de resistir? Al fin cualquier artilugio que nos mantuviese vivos, sobreviviendo, era la mejor manera. La inmensa mayoría se mantuvo paciente, persistiendo en el intento. Entramos, pasamos y salimos o nos fuimos. La mayoría, nos vimos de nuevo afuera. Nos reencontramos luego casi todos pujando por afirmar la democracia. En los actos, en los encuentros culturales que nos servían de pretexto para la nueva lucha. Todos presentes, dando por tierra con nuestros pre-conceptos de la flacura o la delgadez ideológica de algunos.

Buscar,
retomar la senda,
seguir buscando.

Guardar los secretos
y seguir buscando

Reiniciar la partida
y seguir buscando

Mirar las estrellas
y seguir buscando

Contagiar la locura
y seguir buscando

Inventar un pretexto
para seguir buscando

Buscar,
seguir buscando

En el anochecer, cuando se calmaban las voces de los compañeros de ventana a ventana, cada cual respetaba los silencios ajenos y con los codos afirmados en el marco, mirábamos a lo lejos e imaginábamos el afuera como la única manera de asumir el futuro. Mirábamos las luces que pasaban a lo lejos por la ruta, jugábamos a acertar qué irían pensando o hablando quienes viajaban.

Imaginábamos el afuera, imaginábamos como sería cada día, imaginábamos qué pensaban, afuera. Soñábamos con estar presentes en cualquier lugar y en todos.

Perpetuábamos los momentos de la esperada visita, de la carta, del paquete, y asociábamos la cebadura de mate con la presencia viva de quienes la habían enviado, nos protegíamos con su recuerdo, nos rodeábamos, nos cuidábamos, por nosotros y por ellos.

Hoy, cuando viajo en auto y paso por el frente del viejo edificio, tengo la clara sensación de sentirme mirado desde lejos, otros ojos que me miran.

Cuán lejos de saber que los mirábamos en ese tiempo. Cuán lejos de pensar en nosotros, cuan distantes, afuera.

Vuelvo a pasar, vuelvo a mirar y volveré a evocar, cada vez.

Los ojos de las palomas
no podían
escrutar hacia adentro.
no podían tampoco
traer arenas de tierras lejanas.
Ni paisajes soñados.
Ni fotos.
Ni ruidos.
Ni Aromas.
Ni gustos.
No se les permitía viajar.
Traer mensajes,
volar.
Se quedaban.
Se arrullaban unas a otras.
Esperaban.

En hojillas de fumar dobladas prolijamente, con letras menudas y una caligrafía perfecta sobrevivían en nuestras manos y en otras, de escondrijo en escondrijo, resúmenes de resúmenes de resúmenes microscópicos de pedazos del Capital, de El Estado y La Revolución, de Mao, de Althusser. Eran solo titulares y los titulares nos alcanzaban para generar los intercambios.

Los paquetitos de nylon con los papeles arrollados y diminutos aparecieron cuando la censura cerró filas. Perdieron su origen, y sé que fueron alimento del ejercicio intelectual de muchos de los que allí estuvimos.

Como los presos, sobrevolaron situaciones, navegaron en el tiempo, sobrevivieron, persistentes. Sortearon obstáculos y se multiplicaron. Fueron una herencia que debíamos cuidar.

Su trasiego de mano en mano, de celda en celda, de escondrijo en escondrijo, fue una forma de lucha, otra, frente al oscurantismo y al aislamiento. Una manera de resistir, de mantener espacios propios, de continuar, a pesar de todo.

La muerte,
nos aproxima a la muerte nuestra.
Al final del trayecto de siembra.
Se cruza una vez,
una única vez.
En ese momento,
único y último,
llevemos rincones y seres queridos.
Carguemos con ellos.
Dejemos la vida

Avanzada la reclusión, cuando al fin nos penó la justicia militar, no fue una buena noticia saber que estaríamos tantos años. A mí me pareció en ese momento el fin. Un fin inalcanzable. Sin embargo, después nos dimos cuenta en el transcurso, que cada cual se adaptó a su manera, propia, particular. Resistió.

Hoy aprendí, y lo afirmo habitualmente como argumento frente a mis pacientes, del poder reparador, de la capacidad adaptativa, de cómo cada quién, da más de lo que piensa.

Como en mí, en los otros, hubo diversas maneras de resistencias que se usaron a lo largo y a lo ancho de la experiencia carcelera.

Hoy sé que los individuos en las peores circunstancias, con las dificultades más diversas, tienen capacidad y resisten. Esto se me ocurre haberlo recibido como una enseñanza mayor.

Repito que, sin cruzar la línea, toda resistencia es adecuada.

¡Hay de mí!
Frecuento lugares
de hondo mal gusto,
despojos,
tiranos,
prisiones,
demonios.

¡Ah de mí!
Buscando prodigios,
inventando batallas,
derramando hazañas
con los brazos en alto.
Trepando,
sin pausas.

¡Oh de mí!
Venir a esta parte
piadosa y en calma,
a reposar rendido.
El tiempo pasando
lejos de las glorias.
Tendidos

Nadie creyó que se hubiera matado. Él, cualquiera menos él, cualquiera menos en ese momento. Cualquiera menos él, protagonista como otros de aquellos momentos amargos.

Era todo lo contrario a la muerte, los bigotes siempre arriba, contento siempre, conversador siempre, contestador o contestatario siempre. Nunca nadie nos explicó.

¿Por qué no nos dijo? ¿Cuál fue la razón?

Nadie lo creyó del todo, y hoy, con los otros, con todos los otros, “hacen falta”, como dice Zitarrosa.

¿Se perdieron?

¿Dónde están?

¿Se fueron?

¿Dónde van?

Las familias, semanalmente, llegaban como un reloj, estoicamente. No faltaban.

No había para nosotros día mejor que el de la visita. Nos vestíamos con las mejores galas, las pocas que teníamos, el mejor mameluco de los dos que teníamos, la mejor remera.

Nos enterábamos de las pequeñeces y de las grandes cosas, de las instancias familiares, las ínfimas y las importantes, nos llegaban noticias parciales, en un puzzle que luego en las charlas de la tarde, celda a celda, armábamos, ventana a ventana.

A través del vidrio que nos separó por años pasaba la vida, el crecer de nuestros hijos y hermanos, el envejecimiento leve y paulatino de nosotros y de ellos. El tiempo no nos alcanzaba para todo, siempre nos parecía poco. Los padres fueron más padres, los hijos más hijos, los hermanos más hermanos, las compañeras, más compañeras. Sin nosotros, afuera, la vida, continuaba. No éramos imprescindibles y también eso era bueno. Nunca hubo día más importante, nunca tan contentos tomábamos el mate de la tarde.

De norte a sur,
de este a oeste,
de arriba abajo

Puedo tocar,
puedo encontrar
el horizonte

Y por delante entretenerme
en rescatar con los demás
el alba

La noticia del plebiscito del '80⁹ nos explotó de sorpresa. Nos hizo sentir como nunca antes. Ningún momento fue o será como ese. La noticia nos dijo que lo previo había valido la pena, todo, el dolor y la peripecia anteriores desaparecieron en ese instante frente a la inmensa, inenarrable alegría que se derramó por todos los rincones.

Por todo el celdario irrumpió un ruido ensordecedor de golpeteos y de gritos, de sorpresa y de fascinación. Sentimos un desborde de felicidad colectiva imposible de repetir.

Nunca como antes los comentarios de celda a celda y de ventana a ventana, esa tarde, fueron una ebullición colectiva ante la sorpresa del mensaje increíblemente claro de la gente.

Valió la pena, todo valió la pena, el hecho confirmaba el acierto. Seguramente recorrió cada celda un sentimiento emocionado, hubo abrazos apretados y lágrimas de emoción y alegría.

Con mi compañero de celda realizamos sesudos análisis y creo que nos abrazamos menos de lo que hubiéramos debido. Debiéramos haber saltado, cantado, gritado, besado. Pero en el momento, el silencio respetuoso del goce íntimo nos hizo dejar para después, los merecidos

9 El Plebiscito de 1980, impulsado por los militares, que proponían un cambio a la Constitución al estilo del de Pinochet en Chile, creaba una “democracia” tutelada por los militares, sin límite de tiempo. Casi el 60% de la población votó por NO a la propuesta de la dictadura, en pleno proceso represivo dictatorial.

arrebatos. En la tarde noche, se cantó, se gritó, se comentó de ventana a ventana. Luego, ya tarde, callados, las luces apagadas, lo compartimos en sueños con todos los nuestros.

Estaré.
Cansado,
llorando.
O sonriendo.
A veces cerca.
A veces lejos

Siento que estoy
siempre.
Aunque no me lo pidas.
Yo estaré,
constantemente

La acción continental de los carniceros-represores del plan Cóndor¹⁰, además de lo que ya sabíamos se hizo patente al disponer con nosotros en la cárcel de Libertad a dos peronistas argentinos que nos acompañaron. Se adaptaron muy bien a la circunstancia. Fueron uno más, los dos, con todos.

Uno de ellos, Miguel A Estrella, personaje singular que veo cada tanto, en la televisión, en una revista, o en un reportaje. Le veo igual y más viejo, como nosotros. Pianista excelso, tocaba cada mañana o madrugada en la oscuridad el teclado mudo que mucho le costó hacer ingresar luego de ingentes esfuerzos

Entre nosotros, en la enorme diversidad de variantes de formas de sobrevivencia, él tocaba el piano

Tocaba, una y otra vez, tozuda, persistentemente, tocaba y tocaba. Solo él oía su música. Se la imaginaba. Fue para nosotros una barroca manera de lucha y de permanencia.

Practicaba, para nuestra opinión “científica”, un humanismo cristiano demasiado ingenuo. Trataba, decía, de hacer entendible la cultura que debía ser “de todos”: desde el concierto hasta la canción de cuna. A nosotros, más pragmáticos, nos llamaba la atención.

Cada tanto vuelve, aparece, en una recepción a Fidel en el nuevo siglo tocando como antes. O aparece brindando un concierto en el Solís, concierto que no pudimos ver ni oír, para nosotros, los compañeros.

Aun, también, permanece.

10 Coordinación de los aparatos Represivos durante el periodo donde predominaron en los países de América Del sur procesos dictatoriales.

Gritar
sin frenos
una rabiosa forma
de dolor,
de gritar y de gritar.
Agraviar con el grito adolorido
de alguno de nosotros
que se fue para siempre.

Gritar
Gritar
Gritar de ira,
bramar de impotencia,
insultar con un grito,
explotar con un grito,
gritar para maldecir,
gritar para no decir.

Gritar
Gritar y
pasar el tiempo.
Gritar y gritar,
y volver a gritar.
Putear y recontra putear,
y atenerse a las consecuencias.
Gritar, gritar.
Reontra gritar para comenzar de nuevo.
Gritar

Con evidente mal gusto y notoria falta de sentido del humor, simplemente, lo prohibieron. No pudimos hacer ningún campeonato de fútbol, nos estuvo vedado ni bien lo comenzamos. Duró poco, apenas dos partidos o tres, o ¿menos?

Les molestaba el orden, la prolijidad de un fixture, la diversión colectiva como una creación autónoma.

Hasta en estos menesteres, les molestaba el disfrute, les jodía la alegría nuestra de la competencia, que no siempre fue limpia y sin piernas fuertes, nobleza es decirlo. Se nos vetó la posibilidad.

Sólo nos estaba permitido jugar desordenadamente, correr o caminar de a dos, más de dos era asamblea. Deambular por la cancha cercada como perros sueltos de la cadena.

En casi todos, el fútbol ocupó un lugar muy importante. Hubo jugadores muy buenos.

Cada cual lo hacía con una camiseta de cualquier cuadro. Todos estaban representados. Yo, en los recreos, me paseaba como con un trofeo con una de Liverpool que me había dejado un querido compañero a su partida. Coloreábamos los recreos con una diversidad enorme de colores y pujábamos a pierna fuerte, sacándonos las rayas.

Nos divertíamos.

Al reencontrarnos hoy, los fanáticos del fútbol nos preguntamos siempre si lo seguimos haciendo, si seguimos corriendo tras la pelota. Es como si el tiempo no pasara. Los asados de alguno de los terceros domingos renovarían las corridas. Seguramente menos fanáticos o más lentos, seguramente más gordos, más tolerantes y tal vez más alegres, por vernos.

A través de la ventana,
o del umbral de la puerta,
casi tocando,
retengo del aire, a escondidas,
urgente,
rápidamente,
los ruidos desordenados,
de ese pequeño mundo.

Sumo objetos
a mi empobrecido capital.
Escondo los sonidos,
los oculto celosamente de los intrusos
para escuchar en un rincón
cuando se vaya la luz.

Transcurríamos los días ocupando de alguna manera útil el tiempo. Era la preocupación constante en el espacio ancho y largo de la cárcel, todos los días, a todo momento, realizando tareas, trucando, esquivando, escamoteando la compartimentación entre un piso y el otro, entre un sector y el otro, entre las barracas y las celdas, transitando el tiempo. .

La hipertrofia de la discusión política y las prolongadas polémicas teóricas nos permitía engañar al tiempo y aprestarnos para el después.

Todos jugábamos a desarrollar complicadas teorías en las que uníamos o desglosábamos ideas, tejíamos y destejíamos enmarañados conceptos. En el fluir de ese presente tratábamos de mirar el pasado para intentar mejorar el futuro.

Cualquier lugar servía para el intercambio, todo nos servía. Un día era “la pelada” de verduras o el recreo, otro día la cocina, al otro la panadería.

La vida fluía, eran vasos comunicantes entre los espacios descompartimentados.

La discusión, las noticias, las manualidades, el ejercicio físico a escondidas en las celdas, las endorfinas al mango, en horas inhabituales para no ser descubiertos.

La premisa era usar el tiempo de manera productiva.

El tiempo, el tiempo transcurriendo. Lento.

Sin sospechas
ni cuestiones,
sin temor,
sin precauciones.

Sabiendo solo
adónde vas,
por quiénes vienes,
qué persigues.

Sólo números. Éramos. Sólo números.

Los carceleros se encargaban con los cambios y traslados constantes de fomentar de manera planificada la sensación de giro, la eterna sensación de giro. Éramos traídos, éramos llevados, éramos figuras andantes, éramos números. Solo números.

Nos movían de un lado a otro, nos daban, nos quitaban, teníamos y no teníamos, había y no había.

Esa era la sensación que se buscaba permanentemente, la inestabilidad, como patrón regular.

La estabilidad era la defensa buscada, siempre, a cada instante, donde pudiéramos. Rescatar la estabilidad, la estabilidad de las ideas, la estabilidad de los afectos, la estabilidad de espacios fijos que comandáramos, huecos de consistencia, así peleábamos, cuando podíamos.

Cuando aparezca el alba y se levanten los ruidos
caminaré despacio, sin prisa.
Recogeré un papel del suelo
sin levantar la mirada.
Me pararé todo el tiempo
en una esquina
cualquiera.
Estiraré los brazos,
me sentaré en una plaza sin apuros.
Y miraré,
Serenamente,
cada una de las cosas

Arión¹¹ era inalcanzable, inescrutable.

La locura que lo hacía deambular entre la realidad y la fantasía, nunca lo sacó del lado de la fidelidad, no lo arrimó siquiera a la traición.

Inquebrantable en ese mundo propio y ajeno, distante y desapegado, tirándonos mensajes.

La Esquizofrenia y la justicia militar se disputaban palmo a palmo su control. La esquizofrenia, solo ella podría explicar la situación a contramano del sentido común que nos tocaba compartir en aquella experiencia con tal compañero. Tan extraño. Tan fascinante. Tan distinto e inocente. Fumando, siempre fumando

Él, reía, reía eternamente con su sonrisa permanente de burla y desafío, ¿Era conciente? ¿Era inconciente?

Pasó el tiempo, la cordura no vino, pasaron los años y se mantuvo intacto, loco, impenetrable a los vaivenes y a las circunstancias. Como un ser olvidado se mantuvo igual a sí mismo, locamente igual a sí mismo.

11 Preso “común” esquizofrénico, reprocessado por el régimen por el hecho de que por su celda del Penal de Punta Carretas se fugaron 111 presos políticos en el año 1971, la fuga masiva de presos políticos más grande de la historia. Un “record” mundial.

Tan nave,
tan sin capitán,
tan a la deriva.

Tan sin límites con sus locas ideas.

Se metió a pasear
entre todos nosotros,
atravesó las paredes,
no lo frenaron las rejas.

De forma misteriosa.
De manera oculta.

Boca a boca.

En miles de cuentos,
novelas
y sueños
que no han sido contados,

entraba y salía.

Como un duende.

Entre otras habilidades ya reseñadas, todos nos manejamos como eximios costureros y zapateros. Unos mejor que otros y todos estimables en el empeño.

El arte era hacer de dos tres, de tres uno, de los restos un mameluco. La ropa y los calzados sobrevivían con sucesivos remiendos, zurcidos, agregados y recortes.

Si alguien se iba en libertad lo hacía con sus peores galas con tal de dejar a quien las necesitara las mejores. Se iba en retazos, probablemente tratando de quedar en el recuerdo de los compañeros que quedaban, dando vueltas al molino.

Se podían encontrar los más inverosímiles calzados con las más extrañas suelas y las más raras capelladas. La consigna era ahorrar a los familiares que sobrevivían afuera, a veces, en las peores condiciones. Cada prenda duraba y duraba, se transformaba, tenía un dueño y luego otro, y otro, así sucesivamente, hasta que era in-usable, en una especie de arte kich colectivo, pasaba de mano en mano y de arte en arte.

Idos nosotros, las prendas y los calzados seguirían girando de mano en mano, ocupando parte del tiempo de quienes quedaban. Nosotros, si lo merecíamos, giraríamos en sus recuerdos. Con las prendas, permanecía también nuestra pena, con cierta vergüenza boba por partir.

Tomar tu mano.
Mantenernos compañeramente asidos
me provoca pudor.
¿Quién sabe cuántas cosas y cuáles sobrevuelan?
Andar.
Tolerar.
Sudar
y laborar.
Acompasar
de tal manera
la una con la otra
hasta que no sepan
mi mano ni tus dedos
si son tuyas o mías
la sístole y la diástole
fundidas.

En esa jungla fueron unos pocos, fueron mínimos, los carceleros que hicieron un gesto, uno solo, humano, en medio de la prepotencia, la desvalorización como norma y el abuso como regla.

La cruda realidad nos enfrentaba sin marchas atrás incluso con conocidos de la infancia, carceleros con los que ni quise estar ni estuve luego.

La vida, los hechos de nuestra pequeña historia nos pusieron en lados diferentes en un mismo tiempo. Tuvimos antes zonas de contactos por conocernos de vista o por vecindad en el barrio. La lucha política nos diferenció para siempre.

Mira,
tengo otra mirada.
No comparo la escena
que me ofreces.
Déjame el cristal
con el que observa mi pupila.
Y deja también tu mirada
Ambas, de la escuela
de recuerdos.
Yo, tengo otra mirada.

Déjame observar la madrugada,
la noche trasnochada
y el día somnoliento.
No me voy,
viajo otros paisajes
y te cuento
déjame contarte
y entenderás
mis ojos.
Que ni se cierran
ni se olvidan.
Solo, tengo otra mirada

Fui “Médico de sector”. Con una cajita llevaba diversa medicación como implemento principal. Con ella entre las manos, con una orientación o estilo, heredado de los compañeros que me antecedieron emprendimos la tarea.

Me paseaba con un custodio siempre vigilante al lado, todas las mañanas o las tardes por todas las celdas.

Junto con la tarea de aliviar lo males, hacíamos mandados, llevábamos mensajes de celda a celda. Nos sentíamos útiles.

Allí estuvo el origen de mi actual profesión seguramente. Comenzó en esos tiempos. En mi historia personal, esa experiencia particular fue el punto de partida de mi rol actual, estoy seguro. Los compañeros, mis primeros pacientes, seguramente alentaron sin saberlo, la secuela de mi especialidad. Hoy como ayer, me siento útil.

Nunca.

Nunca menos tristes,
 menos ocultos,
menos abandonados,
 menos lejos,
 menos olvidados,
 menos ausentes,
menos bastardos,
 menos abstractos.

Nunca menos.

Nunca menos que solos y recostados tras la ventana
 observando, imaginando lejos

La salida fue una fiesta.

Poder en adelante caminar sin fronteras con el torso desnudo, dormir a cualquier hora, vagar sin apuros, encontrarme piel a piel, abrazo con abrazo, con los míos, con la vergüenza boba de partir y dejar a mis compañeros en esa tarde de sol radiante. Fue un día inolvidable.

Caminamos en fila los tres que coincidimos en esa salida. Casi sentíamos la presión en la espalda de las manos de todos los compañeros que nos empujaban hacia afuera.

Mirábamos de reojo el pabellón de celdas, el recreo, las ventanas a los lejos con algunos compañeros mirándonos y haciendo gestos.

Soñar con el afuera tanto tiempo. Tan posible, tan accesible ahora, tan allí nomás.

Detrás quedó una caterva de compañeros a la espera de los nuevos tiempos que se avecinaban y que los pondría luego a todos afuera.

En lo inmediato, esos nuevos tiempos, parirán el júbilo. Los reencuentros, serían inolvidables. “Se abrirán las altas alamedas...”

Descolgar los cuadros de uno en uno.

Desarmar los estantes paso a paso.

Revisar rincones,
recorrer los fondos,
pisar descalzo los suelos
para llevar grabado a fuego
el áspero y el frío.

Hurgar cada recodo,
remontar con la mirada cada lugar
y cada anatomía.

Bajar todas las persianas,
cerrar todas las puertas,
bloquear las entradas.

Para que nadie entre.

Gritar

para dejar un ruido, eternamente.

Inspirar profundo,
observar en derredor
con pudor.

E iniciar, con tu mano,
de nuevo la marcha.

Veo las caras de los torturadores en la prensa. Algunos, reos conocidos en carne propia, refrescan la memoria y el aprendizaje realizado.

Son las mismas caras que a veces, “amablemente” te hacían subir a un auto, te encapuchaban y eran, de allí en adelante, de manera impúdica, dueños de tu cuerpo y tu destino y de decenas de miles de compatriotas, hasta por causas tontas y otras no tanto, dueños y señores.

En aquellos tiempos, con el pretexto de destruir al enemigo, a nosotros, deambulaban notoria y libremente a través de las fronteras sin límites. Dueños y señores. Mataban, secuestraban, robaban cosas e identidades, robaban vidas. Iban alternativamente, de Orletti al Infierno, del 300 Carlos al cumpleaños de 15 de las hijas, La Tablada, un velorio, o a despedir el año.

Hoy, al contrario de llenar el intermedio de los extremos enfrentados de pluralidad y humanismo como dice M Viñar, sin ingenuidad, agregamos, y otra vez el mismo discurso que puede provocar la reacción en el marco de la lógica político-militar del primer mundo. La destrucción de Al Qaeda y todo lo que la rodea, nos remeda aquella lógica de la que fuimos protagonistas entre el bien, ellos y el mal nosotros.

Me provoca inmenso rechazo de nuevo la humana locura de reducir a cenizas miles de vidas.

Muchos compañeros murieron inermes, de diversas formas no humanas, bultos, objetos, números que ellos manejaron a su antojo, cruzados de una impune cruzada.

Aún, la reacción, repite el mismo discurso.

El Che,
no ha sido hallado todavía.
No lo estuvieron buscando donde debían.
El cuerpo no señala su verdadera muerte.
En esa imagen,
en esa inerte blancura
no está.
Podría consistir el asunto
en hallar la diferencia
entre lo eterno y lo fugaz.
Y donde esté,
si está,
se siente
fuerte,
duro,
reincidente.

¡Aguante Sara!, ¡Aguante Simón!¹² “Extraña felicidad” titula-
ba Brecha el 03.02.

Una sana alegría se nos cruzó en aquel inicio de reencuen-
tro que de a poco, muy de a poco, comenzó a partir de en-
tonces.

Me quedé en silencio cuando escuché la noticia, regocija-
do. Me detuve, estacioné un momento al costado de la ruta
por donde transitaba y luego en casa revisé el correo intu-
yendo un mensaje amigo, que allí estaba: “queridos comp-
pas, quería compartir con ustedes este momento tan feliz
en nuestras vidas al enterarme que Simón es Simón. En este
mundo y en este momento tan jodidos, no deja de ser una
verdadera satisfacción y motivo de regocijo profundo. Un
abrazo fraterno y consideren si las circunstancias lo ameri-
tan un encuentro p'al festejo.”

Hubo festejo. Hablamos de la inenarrable alegría donde las
palabras sobran y el silencio es el mejor mensaje. Tal fue la
sensación en mí y en los amigos. Un concentrado silencio
de homenaje a tal acto de perseverancia de Sara.

12 El niño Simón Riquelo fue arrancado de los brazos de su madre, Sara Mé-
ndez –dirigente del PVP–, en un operativo ejecutado en Buenos Aires por
integrantes de las fuerzas represivas uruguayas. Los militares implicados
José Nino Gavazzo, Manuel Cordero y Juan Rodríguez Buratti, entre otros.
El joven aparecido es hijo de Méndez y de Mauricio Gatti –fallecido en
1991–, por cuanto su verdadera identidad es Simón Gatti Méndez. Rique-
lo es un apellido inventado por Sara cuando debió internarse en el hospi-
tal argentino donde nació Simón. Luego de sustraer al bebé el comando
represivo lo abandonó en el Hospital Norte de Buenos Aires. De allí fue
trasladado a una institución pública donde lo adoptó una familia argentina.
Simón se reencontró con Sara en marzo de 2002,

Junto con el silencio, la infaltable sensación de: ¿por qué?
¿por qué no hacemos un poco más?, ¿por qué no lo hicimos
antes?

Mientras, serenamente, como Sara, en silencio, disfruta-
mos.

No podríamos.
Husmearíamos en los altillos,
miraríamos en todos los diarios,
hurgaríamos en los rincones,
revolveríamos las bolsas,
otearíamos en la oscuridad,
veríamos debajo de las camas,
tantearíamos,
esperaríamos los trenes,
abriríamos todos los sobres,
y no bastaría,
no sería suficiente.
Como su luz no habría.
Como ella,
nadie,
jamás,
podría.

Les confieso me pasa que acuden en un collage polimorfo y diverso todas las caras, las celdas, las rejas, las escaleras, las situaciones. Todos los compañeros con los que compartimos esos años.

Me parece que los veo saludándome de igual manera, como antes, como si recién se hubieran ido. Van siempre conmigo.

No me hace mal, al contrario, los traigo según la necesidad, me alegran los ratos de soledad, me resuelven problemas, me hacen reír, me dan consejos que no siempre escucho, van conmigo, me acompañan.

Porque los llevo, los retengo, y porque los retengo, me alimentan.

El rencor desova en mis entrañas,
deposita sus heces,
sus inmundicias impúdicas
deliberadamente.

El rencor.

El que anda alrededor,
el que me asedia de adentro.
Se refriega, se recuesta,
languidece en la tarde
y amanece con el día cada vez o cada tanto.

Le cierro el paso,
lo presto,
lo apreso,
lo alejo.

Me parece tan malo que no merece casas
o sombras o aguas frescas.

Lo ahogo,
lo calcino,
lo dejo a la intemperie, lo maltrato.

El rencor encuentra la vuelta,
Sobrevive cada vez y cada tanto.
Me sorprende, me alarma,
me apunta con el dedo, me enoja,
me hace ruido,
me despierta,
no me deja.
¡Ah! No me deja

Termino el largo recorrido que he realizado y que al inicio fue una necesidad de testimonio y desafío y luego fue un placer, una necesidad constante, un vicio sorprendente.

Los espacios que fui llenando podrían ser llenados por otros, cuantos quieran. Acudirán recuerdos en otros momentos que ocuparán su lugar pujando y llenarán las hojas imaginarias que podrán ocupar esos lugares.

Regodearme con los recuerdos, estructurarlos, darles sentido nuevo, que en mí lo tienen, los constituyó en un punto de partida para, desde ellos, desde allí, progresar en el peregrinaje a que esto todos los días nos compele, un punto de partida para ser mejores o intentar serlo, por los que no están y por los que están. Al fin, como alguien dijo, no da placer obtener el horizonte sino perseguirlo, solo perseguirlo.

Debería
soltar las amarras, e hinchar lo más que pueda
mis pulmones,
y soplar, con fuerza.
Se hincharán tus velas y tomarás tu rumbo,
el tuyo,
el que tú quieras,
tu alegría
será la mía

Debería
subir a la cumbre más alta a soltarte a volar.
A vagar por los aires a tu antojo,
libre.
A donde quieras.
Tu libertad
será la mía

Debería
esperar en la orilla o en lo alto de una cumbre,
paciente.
tu regreso.
Si vuelves o me escribes
tus historias
serán las mías
2003 - 2009



Setiembre, 2010. Depósito Legal N°. 353.937/10
www.tradinco.com.uy

Frases como “la lucha por los DDHH es y será permanente”, “1.200.000 uruguayos dijeron que sigamos luchando por verdad y justicia, esto no termina hoy ni empieza mañana”, “los que están llorando espero que estén llorando por los que ya están muertos, porque hoy no murió nadie” fueron escuchadas luego del resultado del Plebiscito de la Ley de Caducidad del 25.10.09. Creo que efectivamente no debemos cejar en la lucha por el Nunca Más y mantener la memoria.

Antes de ello, suponiendo como suponíamos como muchos uruguayos, que la Ley de Caducidad de la pretensión Punitiva del Estado, ley de impunidad, sería derrotada, cuando nos encontrábamos caminando hacia la publicación de estos testimonios, llegamos a pensar que este acto de publicar podía parecer oportunista. Lo llegamos a pensar, debemos confesarlo. Hoy, creo que se nos hace inevitable, que no hay tiempo para la lucha ética que será siempre necesaria y permanente. Creo que debo con esto, contribuir con la memoria.

Esto ha sido una creación colectiva con los amigos, con los compañeros, con mi familia, con mis críticos de todos los pelos, a quienes agradezco su persistencia y constancia de ideas por el mismo cauce.

